

## CAPÍTULO 1

### LA MOVILIZACIÓN POPULAR Y LA TRADICIÓN LIBERAL IZQUIERDISTA EN COLOMBIA

Después del asesinato de Gaitán en abril de 1948, el gaitanismo también tuvo una muerte violenta en los años de salvaje represión que siguieron. Sin embargo, la movilización popular del liberalismo izquierdista continuó viva. Para demostrar la validez de tales afirmaciones en la historia colombiana, este estudio comienza señalando el contexto social, económico y político del siglo XIX a partir del cual emergieron las movilizaciones de la izquierda liberal en el siglo XX. Este arranque es necesario porque hay importantes interpretaciones que continúan retratando la relación entre el Partido Liberal y el gaitanismo como un signo de la debilidad de éste,<sup>1</sup> aunque existe amplia evidencia que sugiere que la verdad es la contraria. Este capítulo demostrará cómo la tradición del liberalismo izquierdista, que le dio al movimiento de Gaitán su formidable capacidad de movilización, está firmemente arraigada en la historia colombiana.

Durante el siglo XIX y comienzos del XX la izquierda liberal colombiana hizo gala de una gran capacidad para la movilización popular, expresada tanto en el campo del conflicto militar como en la política convencional. Esta movilización reflejó en gran parte el hecho de que la tradición intelectual del liberalismo presentaba un amplio espectro de ideas que no resonaban igualmente entre el resto de liberales en América Latina. Las élites se inclinaban hacia ideas concentradas en el individualismo, la propiedad y el libre mercado, mientras que los liberales menos prósperos enfatizaban los rasgos e implicaciones más igualitarios del liberalismo.

---

<sup>1</sup> Pécaut, por ejemplo, argumentó de modo algo reprobatorio que Gaitán había sido incapaz de crear un movimiento político independiente viable. Según Pécaut, al enredarse el gaitanismo con el Partido Liberal, la movilización popular fue condenada a perder su espíritu en las interminables contiendas entre los partidos tradicionales (Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, Bogotá, Tercer Mundo, 1987, vol. 2, p. 440).

Desde sus momentos iniciales en todo caso, el Partido Liberal en Colombia incluía tanto las cepas elitistas como las cepas populares que se les oponían. Esta división fue evidente en los años críticos comprendidos entre 1848 y 1854, y persistió durante el resto del siglo XIX. Después de 1900, Rafael Uribe Uribe propuso una interpretación popular e *izquierdista* del liberalismo colombiano, la cual seguía viva en los años veinte y treinta en los debates internos del liberalismo acerca del futuro del Partido. Para entonces existía una clara distinción entre la élite liberal *burguesa e individualista* y el liberalismo de izquierda *popular y colectivista*. Es de notarse que muchos liberales colombianos en los años veinte y treinta, Gaitán entre ellos, subrayaron claramente las conexiones que veían entre esa versión del liberalismo y el socialismo.

Por consiguiente, muchos liberales de izquierda en los albores del siglo XX no interpretaban las guerras y las contiendas electorales del siglo XIX como vanas batallas por el control del gobierno; más bien, preferían recordarlas como luchas de resistencia cuyos objetivos se habían enfocado en el cambio social y político. Bajo esas luces, la participación liberal popular en aquellos conflictos no fue algo “irracional” –como los historiadores han argumentado repetidamente–. Y a su vez, los gaitanistas tampoco quisieron someterse más tarde a la hegemonía de la élite ideológica simplemente por haber aceptado permanecer dentro del Partido Liberal. De hecho, la perdurable identificación de los colombianos de izquierda como liberales demostraba que las corrientes *individualistas* de las élites, así como las populares *colectivistas*, seguían compitiendo por el alma del Partido en los años cuarenta –cuando sus enfrentamientos explotaron en crudos y apasionados conflictos alrededor de Gaitán.

La proclividad a la movilización popular en Colombia durante el siglo XIX y comienzos del XX y el hecho de que ella se canalizara a través de la tradición liberal izquierdista, demuestran que los colombianos tenían una visión duradera de cómo debería ser un mundo justo, y que los movimientos populares orientados al cambio podrían emerger del interior de los partidos tradicionales. Estas corrientes generales de pensamiento y movilización también demuestran que el radicalismo liberal izquierdista había permeado por mucho tiempo el ambiente político, superponiéndose y transmutándose al paso de uno tras otro movimiento. El gaitanismo resultó ser una de las movilizaciones políticas populares definitivas en la

historia latinoamericana del siglo XX, ya que representó la cota más alta de la tradición de la izquierda liberal en Colombia.

#### EL MARCO DE FONDO: GEOGRAFÍA, ECONOMÍA, SOCIEDAD

La economía interna de subsistencia y la tortuosa topografía colombiana, sumadas a largos años de relativo aislamiento económico, no ofrecían muchas oportunidades para integrar las diferentes regiones de la nación. Estas condiciones dieron como resultado diversas identidades regionales y composiciones raciales. Antes de la conclusión del siglo XIX, Colombia disfrutó de unas pocas conexiones con el mercado mundial –generadas por la explotación de oro y los cortos episodios de exportación de tabaco y quina–. La producción de café reorientó finalmente la economía de la nación sólo después de 1880, al introducir nuevos problemas de tenencia de la tierra y de relaciones sociales. La combinación de la geografía y la historia creó en Colombia una sociedad y una economía inconfundibles.

A través de su historia, la población colombiana ha gravitado hacia las laderas andinas y la costa del Caribe, de manera que ha habido siempre dos Colombias separadas: las costas (especialmente la Atlántica), habitadas por los *costeños*, y las tierras altas cuyos residentes son conocidos como los *cachacos*.<sup>2</sup> Las alturas resultaron ser más cómodas y saludables, mientras que la costa norte se convirtió en la tierra natural de paso entre los inaccesibles Andes y el mundo exterior. Esta dicotomía primigenia entre la costa y las tierras altas sigue siendo una división fundamental en los ámbitos étnico, cultural y racial.<sup>3</sup> En general, las cordilleras están habitadas por elementos predominantemente blancos, indios y mestizos, mientras que las costas y los valles ribereños tienen un carácter negro y mulato, con algunas influencias indias y blancas. En la práctica se trazan distinciones climáticas entre la *tierra caliente* (como Cartagena), la *tierra templada* (como Medellín o Cali) y la *tierra fría* (como Bogotá).

---

<sup>2</sup> El término *cachaco* se refiere específicamente a un residente de Bogotá, pero es frecuentemente usado como un apodo genérico para los habitantes de las tierras altas.

<sup>3</sup> Para una perspectiva sobre los aspectos políticos de la divisoria, v. Eduardo Posada-Carbó, “Notas para una historia de la Costa Atlántica: identidad y conflicto en la formación de la regionalidad, 1900-1930”, *Huellas*, Barranquilla, Universidad del Norte, vol. 3, núm. 7, septiembre de 1982, pp. 4-13.

Asimismo, en términos económicos, para los tiempos de Gaitán había cuatro regiones básicas: la Cordillera Occidental, el centro-este, Valle del Cauca y la Costa Atlántica.<sup>4</sup>

En las décadas de 1930 y 1940 Colombia era esencialmente una nación agrícola. La Colombia del siglo XIX había ingresado al mercado mundial en accesos esporádicos. De hecho, sólo fue hasta las primeras décadas del siglo XX que la nación logró afianzar su nicho como proveedor de café –producto que rápidamente sobrepasaría las otras exportaciones–. De hecho, el café dominó la economía hasta la década de 1980. Para 1930 Colombia era el segundo productor de café después de Brasil, y la calidad de sus cosechas era mundialmente reconocida. La producción destinada a la exportación se elevó durante la primera mitad del siglo XX –a pesar de las condiciones económicas mundiales– desde 1 millón de sacos de 130 libras por año en 1913 hasta 3 millones de sacos en 1930 y 5 millones en 1943. Antes de 1930 las principales regiones productoras de café se hallaban en los Santanderes y Cundinamarca, pero más tarde la mayoría de la producción se originó en Antioquia, Caldas y la región de Quindío.<sup>5</sup> El café, infortunadamente, dependía de la demanda externa y resultó ser un veleidoso motor económico por diversas razones: la demanda era elástica; los precios, inestables; no existía una verdadera economía de escala en su producción; y, además, era particularmente sensible a la competencia, en especial la brasileña.<sup>6</sup>

Colombia ha sido a menudo caracterizada como un país de minifundistas. Esta imagen se originó con la expansión de la *colonización antioqueña* de las Cordilleras Central y Occidental –a medida que los campesinos sin tierra se dispersaron sobre el territorio sur de Antioquia después de 1850 y colonizaron las tierras baldías con “finquitas”–. Charles W. Bergquist demostró que el debate acerca de la “concentración relativa

---

<sup>4</sup> También es cierto, sin embargo, que para la década de 1930 se incrementó el desarrollo en la Costa Pacífica, en los llanos del Orinoco y la región amazónica. V. Jane M. Rausch, *Colombia: Territorial Rule and the Llanos Frontier*, Gainesville, University Presses of Florida, 1999.

<sup>5</sup> C. Abel y M. Palacios, *op. cit.*, p. 589.

<sup>6</sup> M. Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia, 1875-1994*, *op. cit.*, p. 76; y Marco Palacios, *El café en Colombia, 1850-1970. Una historia económica, social y política*, México, D. F., El Áncora, 1979.

de propiedades” ha girado alrededor de los censos de café de 1932 y 1955. El primero de esos estudios al parecer mostró una propiedad extendida de la producción de café: más del 50% del total de plantas pertenecía a cultivos pequeños con menos de cinco mil árboles. Las plantaciones de cinco a veinte mil árboles resultaron ser apenas el 11% del total, mientras que las grandes fincas (con 20 mil árboles o más) sumaron apenas el 2% del total. El problema surge cuando se discute quién era el propietario individual de esas fincas. Los censos no especificaban cuántas fincas eran propiedad del mismo individuo, familia u organización. Un censo menos extenso que se llevó a cabo en 1939 demostró, sin embargo, que desde 1932 la producción de café había crecido en un 75% mientras que el número total de fincas se había duplicado. Lo mismo había ocurrido con los minifundios. Bergquist concluyó que el censo del café de 1955 demostró una “difusión continua en la producción de café en Colombia”, y las “pequeñas fincas familiares eran la unidad productora de café más importante y numerosa”.<sup>7</sup> Pero la interpretación de que la colonización antioqueña supuestamente promovía una “sociedad igualitaria en la cual los pobres del campo se transformaban en pequeños agricultores de café que disfrutaban del acceso a la tierra y a una modesta prosperidad” ha sufrido una considerable revisión.<sup>8</sup> Hoy en día hay consenso en torno a la idea siguiente: “El patrón prevaleciente de la expansión fronteriza en la primera mitad del siglo XX permitió a las élites regionales aumentar el valor de sus propiedades y asumir el control del procesamiento y mercadeo del café”.<sup>9</sup> Por último, Keith Christie enfocó la realidad clasista tras el mito de una clase media agrícola dominante en la región de la colonización antioqueña, y concluyó que se le han dado dimensiones exageradas a esa clase media.<sup>10</sup>

---

<sup>7</sup> C. W. Bergquist, *op. cit.*, pp. 298-303.

<sup>8</sup> C. Abel y M. Palacios, *op. cit.*, p. 589. Bergquist, por ejemplo, no sólo rechazó en *Labor in Latin America* [*op. cit.*] los aspectos favorables del mito del antioqueño, sino que también identificó la propagación de los latifundios como el factor que más debilitó las luchas laboristas populares.

<sup>9</sup> C. Abel y M. Palacios, *op. cit.*, p. 589.

<sup>10</sup> V. Keith H. Christie, “Antioqueño Colonization in Western Colombia: A Reappraisal”, *Hispanic American Historical Review*, Durham, Duke University Press, vol. 58,

Y a pesar del acceso relativamente extendido a la tierra en Colombia, las antiguas relaciones sociales basadas en una fuerza de trabajo agrícola en desventaja prevalecieron con bastante vigor en muchas partes del país durante los años treinta y cuarenta. Marco Palacios enfatizó la división crítica entre el centro-este, donde la propiedad de la tierra estaba más concentrada, y el occidente, donde los minifundios eran más frecuentes.<sup>11</sup> Las fincas de las regiones productoras de café seguían dependiendo de los jornaleros sin tierra, pero particularmente en el oriente predominaban las grandes fincas, que albergaban un amplio número de campesinos residentes. Otro tanto sucedía en Valle del Cauca, en el suroeste, que había sido *teatro de guerra* y laboratorio de la movilización popular a lo largo del siglo XIX. Esta región, como la del centro-este, se caracterizaba por la tensión racial, la pobreza rural y los grandes latifundios. Su economía, dominada por el ganado y los ingenios azucareros, estaba determinada por la baja productividad y el subempleo.<sup>12</sup>

La economía en la costa norte –que en 1930 giraba alrededor de la agricultura y especialmente la ganadería, con pequeños sectores dedicados a la minería y la explotación petrolera– se asemejaba en muchas maneras a las del centro-este y Valle del Cauca. Aunque la costa se benefició mucho de su papel de intermediario económico entre el mundo exterior y el interior de la nación, un rasgo significativo del desarrollo costeño fue

---

núm. 2, 1978, pp. 260-283; y Keith H. Christie, *Oligarcas, campesinos y política en Colombia: aspectos de la historia sociopolítica de la frontera antioqueña*, Bogotá, Universidad Nacional, 1986. V. t. Catherine LeGrand, *Frontier Expansion and Peasant Protest in Colombia, 1830-1936*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1986.

<sup>11</sup> M. Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia, 1875-1994*, *op. cit.*, p. 33. Roldán señaló una excepción que demostraba la regla; según ella, pese a que Antioquia concordaba mayormente con el entorno de los pequeños propietarios occidentales, en sus periferias se hacía manifiesta “la pauta económica de salarios disminuidos, desempleo, y concentrada tenencia de tierras –factores típicos de las décadas de 1930 y 1940 en Colombia”–. Esas áreas tenían una mayor inclinación al “peligroso potencial del descontento popular” (Mary Jean Roldán, “Genesis and Evolution of *La Violencia* in Antioquia, Colombia (1900-1953)” [disertación para doctorado], Cambridge, Harvard University, 1992, pp. 58-59).

<sup>12</sup> M. Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia, 1875-1994*, *op. cit.*, pp. 19-24.

la concentración de tierras cultivables en grandes haciendas –aunque en 1880 extensas porciones de tierra seguían siendo selváticas–. Además, entre 1880 y 1930 se distribuyeron relativamente pocos predios del Estado entre la población sin tierra de la Costa Atlántica, mientras muchos latifundios continuaban expandiéndose.<sup>13</sup> Este hecho, sumado al colapso del mercado bananero en Magdalena durante ese período, hizo que la fila de campesinos desplazados no cesara de fluir hacia las ciudades de la costa, particularmente Barranquilla.<sup>14</sup>

Hablar de la economía de la costa norte es hablar del río Magdalena,<sup>15</sup> que fluye de sur a norte a lo largo de cientos de kilómetros; el Magdalena conectó a la Colombia caribeña con la Colombia andina durante más de 400 años y fue su ruta de alimentación económica hasta bien entrado el siglo XX. En tiempos de Gaitán, Colombia aún padecía de malos caminos y de una red ferroviaria endeble, debido al alto costo de su construcción y mantenimiento. Antes de 1950 ni Bogotá ni Medellín disfrutaban de una línea ferroviaria directa con la costa norte, y los vapores del Magdalena eran la alternativa más importante de transporte de carga y pasajeros. La introducción de los vapores de rueda de paletas durante la década de 1830 resultó lenta, porque el “río tiene inoportunos

---

<sup>13</sup> Eduardo Posada-Carbó, “La economía del Caribe colombiano a comienzos del siglo: 1900-1930”, *Estudios Sociales*, Bogotá, Universidad de los Andes, núm. 2, mayo de 1988, pp. 69-71. En su libro más reciente (*El Caribe colombiano. Una historia regional, 1870-1950*, Bogotá, Banco de la República-El Áncora, 1998, pp. 139-142), Posada-Carbó también le dio un énfasis especial a la importancia de los pequeños propietarios en la costa norte. Aun así, señaló que, a pesar de sus esfuerzos por retener la tierra, muchos colonos costeños fueron despojados de sus propiedades.

<sup>14</sup> Además de ser la tercera ciudad en tamaño de la nación y su puerto principal, Barranquilla llegó a ser un importante centro industrial, comercial y banquero a mediados de los años treinta. V. Gustavo Bell Lemus, “Barranquilla 1920-1930”, *Huellas*, Barranquilla, Universidad del Norte, núm. 11, abril de 1984, pp. 13-33; y Eduardo Posada-Carbó, *Una invitación a la historia de Barranquilla*, Bogotá, Fondo Editorial CEREC, 1987.

<sup>15</sup> En la década de 1940, importantes ciudades rivereñas como el centro petrolero de Barrancabermeja tenían una población mayormente costeña. En su entrevista con Archila Neira, Flavio Vásquez afirmó que, después de 1928, más costeños que cachacos hicieron de Barranca su hogar (Flavio Vásquez, entrevista personal con Mauricio Archila Neira, Barrancabermeja, 22 de abril de 1985).

bancos de arena y rápidos engañosos”.<sup>16</sup> Aunque las partes navegables del río se extienden a lo largo de 1.200 kilómetros, desde Neiva hasta Barranquilla, los modernos vapores de fondo plano no podían cruzar los rápidos cerca de Girardot. Por lo tanto, incluso en los años treinta las barcas impulsadas por remeros seguían teniendo un papel importante en la vida económica del río, especialmente en los 300 kilómetros que hay entre Neiva y Girardot.

Viajar por el Magdalena era lento y peligroso. En 1910, un viaje sin incidentes en vapor entre Girardot y Barranquilla tomaba cerca de ocho días. Los bancos de arena y las trampas invisibles representaban una amenaza constante. Las interrupciones eran comunes debido a las averías y la falta de combustible (las orillas del río ya habían sido despojadas de sus árboles), y los pasajeros podían permanecer atrapados durante semanas junto a la mercancía en la ruta infestada de mosquitos. Por otra parte, como Colombia sólo había tenido una conexión marginal con la economía mundial durante el siglo XIX, los fletadores contaban con escasos productos para transportar. Pese a estas dificultades, el tiempo promedio de viaje en el Magdalena a la larga se estabilizó.<sup>17</sup> Sólo por esta última razón el río seguiría siendo en los años cuarenta el enlace primario que unió a muchos departamentos –Atlántico, Bolívar, Magdalena, Antioquia, los Santanderes, Boyacá, Cundinamarca, Tolima, Caldas y Huila–.<sup>18</sup> Y fue a través del Magdalena que a la entrada del siglo XX gran parte del café colombiano logró llegar a los mercados mundiales, por Barranquilla y Puerto Colombia, su portal sobre el Caribe.<sup>19</sup>

---

<sup>16</sup> Para darse una idea de cómo era el paso por el río Magdalena, v. Gabriel García Márquez, *Love in the Time of Cholera*, traducción de Edith Grossman, Nueva York, Penguin Books, 1989, p. 140.

<sup>17</sup> Justo Ramón, “El río de la patria”, *Órgano de la Contraloría de la República*, Bogotá, s. e., núm. 6, 1944, p. 12.

<sup>18</sup> Eduardo Acevedo Latorre, *El río grande de la Magdalena*, Bogotá, Banco de la República, 1981, p. 50.

<sup>19</sup> Theodore E. Nichols, *Tres puertos de Colombia. Estudio sobre el desarrollo de Cartagena, Santa Marta y Barranquilla*, Bogotá, Banco Popular, 1973, p. 241. La muy cenagosa desembocadura del río Magdalena no permitía el acceso a Barranquilla desde el mar hasta que el proyecto de Bocas de Ceniza empezó a despejarla después de 1936.



Pese a los obstáculos que había sobrellevado su desarrollo, en 1930 Colombia ya tenía la distinción de ser la cuarta nación más industrializada de América Latina. Las ganancias de la producción antioqueña de oro, y más tarde del café, se reinvertieron en Medellín, donde se manufacturaban las mercancías básicas que se vendían luego a los pequeños agricultores y a los consumidores urbanos. Siguieron el mismo camino Bogotá, Barranquilla y Cali –hogares de la mayoría de los trabajadores industriales y artesanos de Colombia–. A mediados de los años veinte las manufacturas daban cuenta del 7% del producto interno bruto, y esa tasa había aumentado al 14% a mediados de los años cuarenta. En consecuencia, el proceso industrial de sustitución de importaciones condujo a una reducción del mercado de importaciones perecederas, del 30% en 1930 al 3% en 1950. Sin embargo, en las décadas de 1930 y 1940 la industria colombiana seguía padeciendo a causa de su baja productividad, unidades de producción pequeñas y una base tecnológica rudimentaria.<sup>20</sup> En fin, que la fuerza de trabajo no agrícola en Colombia no dejaba de ser en gran parte la artesanal.<sup>21</sup>

En ese mismo período la población seguía siendo predominantemente rural, ya que la urbanización se había realizado con lentitud antes de los años cuarenta. En 1951 sólo el 25% de los habitantes del país vivían en ciudades de 10 mil almas o más.<sup>22</sup> Sin embargo, por cuenta del regionalis-

---

<sup>20</sup> C. Abel y M. Palacios, *op. cit.*, p. 590.

<sup>21</sup> V. David Sowell, *The Early Colombian Labor Movement: Artisans and Politics in Bogotá, 1832-1919*, Philadelphia, Temple University Press, 1992; M. Archila Neira, *op. cit.*; y Gary Long, “The Dragon Finally Came: Industrial Capitalism, Radical Artisans and the Liberal Party in Colombia, 1910-1948” [disertación para doctorado], Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1995.

<sup>22</sup> C. Abel y M. Palacios, *op. cit.*, p. 588. Citando el censo de 1938, estos autores registraron las poblaciones de Bogotá en 330.000 habitantes, Medellín en 168.000 habitantes, Barranquilla en 152.000 habitantes, y Cali en 102.000 habitantes. Otro investigador ofreció cifras algo diferentes, registrando la población urbana en 2,7 millones de habitantes, o el 31% del total, y la población rural en 6 millones de habitantes, o el 69% del total; y para 1951, la población urbana en 4,5 millones de habitantes, o el 39% del total, y la rural en 7 millones de habitantes, o el 61% del total (Urbano Campo, *La urbanización en Colombia*, Bogotá, Suramérica, s. f., p. 15).

mo colombiano la nación ha gozado de un mayor equilibrio entre áreas urbanas y zonas económicas en comparación con la mayoría de los países latinoamericanos. Entre los años treinta y cuarenta Bogotá, la capital, era el centro urbano de las Cordilleras Central y Oriental; Medellín sobresalía en la vibrante Antioquia; Cali alcanzó predominancia en Valle del Cauca; y, finalmente, Barranquilla era la ciudad más importante de la costa Caribe. No es sorprendente que muchos pueblos y ciudades nunca fueran dominados por Bogotá —o que las regiones no fuesen dominadas por sus principales ciudades—. Si bien los ritmos, valores y limitaciones de la vida rural seguían contando en las ciudades, éstas fueron lugares de cambio y escenarios de una intensa diversificación cultural y social a finales del siglo XIX y durante el XX. El analfabetismo cedió su dominio al tiempo que aparecieron los tranvías, el pavimento, los autos, los teléfonos y la electricidad. Sin embargo, después de 1890 los vecindarios “multiclasistas” comenzaron a desaparecer y los pobres fueron expulsados hacia la periferia.<sup>23</sup> Los pueblos y ciudades eran por lo tanto vitales para el liberalismo, y demostraron serlo especialmente para el gaitanismo.

#### LA TRADICIÓN DE LA MOVILIZACIÓN POPULAR: PERFIL GENERAL

El elemento más notorio del desarrollo colombiano desde la Independencia fue su vida política, en particular su herencia de guerras civiles y la prolongada hegemonía de sus partidos, controlados por las élites. La división primordial entre liberales y conservadores exige suma atención y es ineludible en cualquier discusión sobre la vida política colombiana. La dominación política de las élites fue constante, y, por ende, muchos estudiosos del tema se han concentrado legítimamente en los enfrentamientos entre los partidos tradicionales y el ascenso de los *odios heredados*. No obstante, una dosis considerable de movilización popular autónoma permeaba estos enfrentamientos, de los cuales se derivó en gran parte el dinamismo de la política colombiana. Aunque las élites colombianas dominaban los partidos, el Estado y las instituciones seguían siendo notablemente débiles, lo cual dejaba amplio espacio al pueblo para maniobrar

---

<sup>23</sup> M. Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia, 1875-1994*, op. cit., pp. 84-86 y 89.

y modificar el sistema de modos dramáticos. La herencia colombiana de la movilización popular ya se había puesto en evidencia durante el último periodo colonial y se hizo más pronunciada a lo largo del siglo XIX. La Rebelión de los Comuneros, las guerras de independencia y las guerras civiles posteriores a 1839 dan testimonio de la magnitud e importancia de las raíces de la recurrente movilización popular.<sup>24</sup> Por último, es diciente y no se debe pasar por alto el hecho de que la participación política popular no se dio simplemente en términos de la acción militar. Había también una amplia y enérgica participación electoral y una movilización popular sólo marginalmente controlada.

---

<sup>24</sup> V. Frank Safford, "Social Aspects of Politics in Nineteenth-Century Spanish America: New Granada, 1825-1850", *Journal of Social History*, Fairfax, George Mason University Press, núm. 5, 1972, pp. 344-370; Robert Dix, *Colombia: The Political Dimensions of Change*, New Haven, Yale University Press, 1967; Jaime Jaramillo Uribe, *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos* [1977], reimpresión: Bogotá, El Áncora, 1994; Álvaro Tirado Mejía, *El Estado y la política en el siglo XIX* [1978], reimpresión: Bogotá, El Áncora, 1983; Álvaro Tirado Mejía, *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*, Bogotá, Biblioteca Básica Colombia, 1976; John Ledy Phelan, *The People and the King: The Comunero Revolution in Colombia, 1781*, Madison, University of Wisconsin Press, 1978; Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, 3 t., Bogotá, Tercer Mundo, 1988-1989; Charles W. Bergquist, *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910*, Durham, Duke University Press, 1978; Paul Oquist, *Violence, Conflict, and Politics in Colombia*, Nueva York, Academic Press, 1980; Helen Delpar, *Red Against Blue: The Liberal Party in Colombian Politics, 1863-1899*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1981; David Church Johnson, *Santander, siglo XIX: cambios socioeconómicos*, Bogotá, Carlos Valencia, 1984; Mario Aguilera Peña y Renán Vega Cantor, *Ideal democrático y revuelta popular: bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia, 1781-1948*, Bogotá, María Cano, 1991; D. Sowell, *op. cit.*; Richard Stoller, "Liberalism and Conflict in Socorro, Colombia, 1830-1870" [disertación para doctorado], Durham, Duke University, 1991; D. Bushnell, *op. cit.*; David Bushnell y Neill Macaulay, *The Emergence of Latin America in the Nineteenth Century*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford, Oxford University Press, 1994; Francisco Gutiérrez Sanín, *Curso y discurso del movimiento plebeyo: 1849-1854*, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales-El Áncora, 1995; M. Palacios, *op. cit.*; Gary Long, "Popular Liberalism and Civil War in Nineteenth-Century Colombia: Historical Roots of Labor's Radical Ideology in the Twentieth Century" [ensayo presentado ante la XIV Latin American Labor History Conference], Durham, Duke University Press, 3 de mayo de 1997; y G. Long, "The Dragon Finally Came: Industrial Capitalism, Radical Artisans and the Liberal Party in Colombia, 1910-1948", *op. cit.*

La insurrección de los Comuneros en 1781 en la Nueva Granada –la Colombia de la Colonia tardía– fue, junto con la revuelta de Túpac Amaru sofocada ese mismo año en Perú, una de las rebeliones más significativas en la América Latina colonial. La Rebelión de los Comuneros comenzó como una protesta contra el aumento de la tributación al tabaco y el alcohol, impuesto por la Corona española para financiar sus aventuras imperiales. Los historiadores están de acuerdo en que el movimiento halló su fuerza impulsora entre los rangos más humildes: los indios, mestizos y criollos de medios modestos.<sup>25</sup> Aun así, los miembros de las clases altas, no estando a su vez muy contentos con los impuestos, se unieron con cierta reticencia al movimiento, en un intento de “liderarlo”. El alzamiento se inició en la región del municipio de Socorro, donde congregó miles de seguidores que marcharon hacia Bogotá bajo el lema de “¡Viva el Rey, muera el mal gobierno!”. Asediado, el Gobierno en la capital virreinal aceptó la mayor parte de las exigencias de los Comuneros. Aunque los líderes de la rebelión acabaron sucumbiendo al miedo al castigo y aceptaron la reimposición de los impuestos, el siguiente virrey rápidamente restableció el estado de cosas existente antes de la rebelión para calmar a la población.

Esa participación popular se reflejó en las guerras de independencia entre 1810 y 1821, pese a que sus combatientes nunca representaron un porcentaje importante de la población. La lucha armada por la independencia en la Nueva Granada fue menos difícil en términos de vidas perdidas y propiedades destruidas que en Venezuela, y mucho menos costosa que en México; además, gran parte de la población colombiana evitó la participación directa. Pero también es cierto que la historiografía de la Nueva Granada no se ha desarrollado como en otras regiones.<sup>26</sup> Por ende, las representaciones de la participación popular siguen siendo superficiales, aunque no hay duda de que la participación del pueblo en algunas regiones tuvo importantes consecuencias sociales. Por ejemplo, en el norte del país y en Valle del Cauca, donde predominaba la esclavitud, los esclavos africanos ganaron su libertad mediante la participación en el

---

<sup>25</sup> V., por ejemplo, D. Bushnell, *op. cit.*, p. 28.

<sup>26</sup> Earle empezó a abordar esta falta de equilibrio en su texto *Spain and the Independence of Colombia, 1810-1825* (Rebecca A. Earle, *Spain and the Independence of Colombia, 1810-1825*, Exeter, University of Exeter Press, 2000).

servicio militar o porque aprovecharon la oportunidad para salir huyendo. Pero aunque la participación popular nunca alcanzó los niveles a los que llegó en otras partes de América Latina, las guerras de independencia en Colombia abrieron la puerta a conductas de movilización política que prevalecerían allí a lo largo del siglo.

Colombia –al igual que otros países latinoamericanos– fue sacudida a mediados del siglo XIX por enfrentamientos entre los Partidos Liberal y Conservador –Simón Bolívar, el caudillo militar por antonomasia, es reconocido como el primer conservador, mientras que a Francisco de Paula Santander, propulsor de un gobierno constitucional, se le considera como el primer liberal–. Colombia es excepcional, sin embargo, por la insistencia de sus guerras civiles, que se extendieron desde el final de la era de la Independencia hasta el fin de siglo: 1828, 1829, 1830, 1831, 1839-1841, 1851, 1854, 1859-1862, 1867, 1876-1877, 1884-1886 y 1899-1902.<sup>27</sup> La lista parece interminable y ni siquiera incluye las diversas guerras civiles regionales.

Las interpretaciones de estas guerras reflejan el hecho de que, pese a su belicosa historia, la “política colombiana ha sido convencionalmente descrita como oligárquica”. En la oligarquía económica y política ha existido durante largo tiempo un consenso “a favor de un gobierno civil, una democracia parcialmente representativa, y oportunidades limitadas para que los talentos de la clase media entren en el reducido círculo de negociación donde se toman las grandes decisiones”.<sup>28</sup> Así, no obstante su ancestral lealtad al Partido Liberal o al Conservador, las élites colombianas han formado históricamente un grupo consolidado, especialmente frente a las amenazas populares.

Los grupos que combatieron en estas guerras han sido descritos como *prepolíticos* debido a que sus diferencias eran supuestamente insignificantes. Su interacción no iba más allá de la pugna por el control de las arcas públicas entre los que estaban “adentro” y los que estaban “afuera”.<sup>29</sup>

---

<sup>27</sup> Á. Tirado Mejía, *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*, *op. cit.*, p. 13; y Á. Tirado Mejía, *El Estado y la política en el siglo XIX*, *op. cit.*, pp. 85-101.

<sup>28</sup> C. Abel y M. Palacios, *op. cit.*, pp. 591-592.

<sup>29</sup> R. Dix, *Colombia: The Political Dimensions of Change*, *op. cit.*, p. 231.

Ninguno de los partidos, se argumenta, tenía fuertes convicciones; pero ambos bandos contaban con seguidores en todas las regiones y de todas las clases sociales. Por mucho tiempo la línea tradicional de la izquierda colombiana ha consentido asimismo en afirmar que ambos partidos eran simples subsecciones del mismo régimen oligárquico. Gabriel García Márquez –para citar un ejemplo famoso– representa a los dos partidos tradicionales en los albores de la carrera política del coronel Aureliano Buendía, subrayando la ausencia de diferencias más allá del tema religioso.<sup>30</sup>

Había pocas diferencias sociales y económicas entre los conservadores y los liberales de la élite. Frank Safford desmontó meticulosamente la tesis *hacienda-tienda*, según la cual conservadores y liberales estaban asociados con las culturas de la aristocracia agraria y de la burguesía urbana, respectivamente. Abundante evidencia demuestra que, en efecto, la élite de ambos partidos era propietaria de tierras y participaba en actividades mercantiles urbanas. Safford sugiere: “quizá había un poco más de liberales en el comercio y un poco más de conservadores en la tenencia de tierras. Pero la diferencia entre los dos, hablando en términos de su ocupación económica, no era mucha”. Plantea, en cambio, que los conservadores eran más numerosos en los antiguos centros coloniales, mientras que los liberales lo eran en las regiones periféricas. Las áreas cercanas a Bogotá, Cartagena y Popayán, en donde la tendencia al conservatismo se manifestó muy pronto, eran importantes para las estructuras coloniales económicas y políticas y tenían intereses en ellas. Regiones como Santander, por otra parte, tenían razones para desear una ruptura con la distribución tradicional de los privilegios económicos y políticos que promovía la centralización. La distribución conservadora y liberal también reflejaba el tipo de sistema laboral en las diversas regiones. Las áreas que dependían de antiguos esclavos temían a la ideología liberal más que las zonas en donde prevalecían los pequeños propietarios. Finalmente, Safford sugiere que las regiones fronterizas eran por naturaleza más democráticas.<sup>31</sup>

---

<sup>30</sup> Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, Madrid, Espasa Calpe, 1985, p. 148.

<sup>31</sup> F. Safford, *op. cit.*, pp. 351-352, 357, 360 y 361-362.

Estas observaciones mitigan justamente la importancia que se daba anteriormente a los fundamentos económicos de los Partidos Liberal y Conservador. En todo caso, sí había diferencias identificables entre los miembros de la élite. Los conservadores se identificaban profundamente con las tradiciones hispánicas y la religión católica, y pontificaban sobre las glorias de la familia y la Iglesia, institución que tuvo un destacado papel en el gobierno conservador y en la educación. Hacían énfasis en el orden y la jerarquía paternalista, en un gobierno central fuerte y un ejecutivo potente. Los conservadores incluso evocaban la Constitución de 1886 como un baluarte de la estabilidad política y social.

Por su parte, los liberales eran igualmente exuberantes en la defensa de la razón sobre la tradición, y en el mundo de lo político eran en general anticlericales aunque seguían siendo católicos. Los ciertamente pocos *librepensadores* colombianos abogaban para que se excluyera a la Iglesia de los asuntos seculares. Los liberales en el Gobierno generalmente defendían –aunque no siempre en la práctica– la descentralización o el gobierno federal y la economía del *laissez-faire*.<sup>32</sup> En las décadas de 1860 y 1870 los liberales recalcaron su propia agenda tanto en lo económico como en lo social.

El verdadero desafío de interpretación en todo caso tiene que ver con la razón por la cual miembros de las clases socioeconómicamente bajas –esto es, claramente subalternas– se incorporaron a las batallas lideradas por sus gobernantes. Se ha argumentado extensamente que la identificación personal con la etiqueta liberal o la conservadora impidió que las clases bajas crearan sus propios partidos políticos.<sup>33</sup> Según este argumento, la prolongada adhesión popular a los partidos tradicionales evitaba que los oprimidos de la sociedad colombiana reconocieran sus intereses colectivos, y, por lo tanto, les impedía alcanzar los arreglos políticos más adecuados. Orlando Fals Borda propone un excelente ejemplo: argumenta que en Colombia el sistema político bipartidista estaba formado por organizaciones “sin convicciones”. Estos partidos usaban a las masas como “carne de cañón” en las luchas de poder de la élite que se presentan

---

<sup>32</sup> R. Dix, *Colombia: The Political Dimensions of Change*, *op. cit.*, pp. 233 y 235.

<sup>33</sup> *Ibíd.*, p. 216.

“con muy pocas modificaciones” desde que se consolidó la nación en 1840. En consecuencia, el “pueblo trabajador” seguía ignorando “lo que es realmente la democracia”.<sup>34</sup> Por consiguiente, una vez que la élite de una cierta región se afirmaba como conservadora o liberal, el aislamiento padecido por las comunidades que ellos controlaban producía entre las clases bajas la ilusión de que había grandes diferencias. La sensación se fortaleció con las frecuentes guerras civiles, que creaban lazos arbitrarios entre esas comunidades aisladas y una u otra etiqueta política. Uno de los elementos más persistentes del sistema político que Colombia heredó del siglo XIX es, por ende, la discutiblemente irracional adhesión de las clases bajas colombianas a uno u otro de los partidos tradicionales.

Se puede replicar, sin embargo, que en Colombia ha habido una buena dosis de movilización popular sin control. Es más, muchos estudiosos de la política colombiana han señalado de entrada que, a pesar del control de la élite, el sistema colombiano siempre ha exhibido facetas *democráticas* en ambos partidos.<sup>35</sup> Según Florencia Mallon, el liberalismo popular en México y Perú fue el producto secundario de movilizaciones populares estimuladas por invasiones extranjeras.<sup>36</sup> Álvaro Tirado Mejía señaló que en Colombia la guerra civil constante incrementó la movilidad social y la consiguiente ansiedad en la élite.<sup>37</sup> Francisco Gutiérrez Sanín anotó que muchos grupos populares se apropiaron de los movimientos liderados por la élite para lograr sus propios propósitos.<sup>38</sup> En muchos casos, las élites tuvieron que dejar a un lado sus riñas partidistas para reprimir a los elementos más populares de sus partidos –de lo cual la guerra de 1854

---

<sup>34</sup> Orlando Fals Borda, *El presidente Nieto*, vol. 2, en: *Historia doble de la costa*, Bogotá, Carlos Valencia, 1981, pp. 73b-74b. V. t. C. W. Bergquist, *Labor in Latin America*, *op. cit.*

<sup>35</sup> V. Daniel Pécaut, *Política y sindicalismo en Colombia*, Bogotá, La Carreta, 1973, pp. 16-17; y Malcom Deas, “Algunas notas sobre la historia del caciquismo en Colombia”, *Revista de Occidente*, Madrid, Fundación Ortega y Gasset, núm. 127, octubre de 1973, pp. 118-121.

<sup>36</sup> Florencia E. Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995.

<sup>37</sup> Á. Tirado Mejía, *El Estado y la política en el siglo XIX*, *op. cit.*, p. 87.

<sup>38</sup> F. Gutiérrez Sanín, *op. cit.*, p. 132.



fue uno de los primeros ejemplos-. Ese año, el general José María Melo, comandante de la guarnición de Bogotá, se levantó para protestar contra la reforma militar y fue apoyado por los artesanos de Bogotá, que se sentían afectados por las políticas de libre comercio del gobierno liberal. La situación era una clara amenaza para las clases dominantes, tanto liberales como conservadoras, que rápidamente olvidaron sus diferencias. Los líderes liberales y conservadores se aliaron, conformaron un ejército entre sus copartidarios y derrotaron las fuerzas de la rebelión. Esto se convertiría en un patrón recurrente de solidaridad de la élite frente a la movilización popular.

El otro ejemplo patente de la unidad de la élite frente a la movilización del pueblo ocurrió durante la Guerra de los Mil Días (1899-1902), que fue el último y más traumático conflicto del siglo que terminaba.<sup>39</sup> Al comienzo todo parecía indicar que sería un conflicto de corta duración, como había sucedido con otras guerras civiles. Los líderes regionales reunieron a sus copartidarios y los condujeron a la batalla, como era la costumbre. El Gobierno nacional aplicaba el trillado precedente del reclutamiento forzoso; se obtenía financiación con las habituales “buenas maneras”.<sup>40</sup> Pese a que los primeros meses de combates fueron intensos, tal como era de esperarse, los líderes de ambos bandos continuaron desplegando el mismo “caballeroso interés” de siempre por sus adversarios. Sin embargo, el carácter de la guerra cambió considerablemente después de la costosa batalla de Palonegro, en mayo de 1900. Posteriormente a lo que parecía ser tablas, el ejército liberal fue diezmado y obligado a abandonar el campo de batalla. En ese momento la dirigencia liberal optó por las tácticas guerrilleras, que prolongaron la guerra durante dos años y medio más.<sup>41</sup> En esa larga y sangrienta etapa de la guerra, caracterizada más por el uso del machete que del rifle –lo que intensificó el antagonismo liberal/conservador en el campo–, los líderes guerrilleros, cuyo rango social era en la mayoría de los casos similar al de los hombres que comandaban, se

---

<sup>39</sup> Para una perspectiva general, v. Carlos Eduardo Jaramillo, *Los guerrilleros del novecientos*, Bogotá, Fondo Editorial CEREC, 1991.

<sup>40</sup> C. W. Bergquist, *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910*, *op. cit.*, p. 131.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 149.

enajenaron cada vez más de los políticos liberales nacionales y se hicieron violentamente militantes.<sup>42</sup> En el frente ideológico, durante las últimas etapas de la guerra se hizo evidentemente incómoda la marcada división entre los líderes liberales de Bogotá y el ala izquierda del Partido. A la larga, los líderes de ambos partidos empezaron a ver a la guerrilla como una amenaza al control de las clases altas, y eso ayudó a que se consolidara la paz.<sup>43</sup> Aunque las fricciones continuaron, los moderados de ambos partidos, tal como fue el caso en 1854, evitaron que se prolongara una situación peligrosa para sus intereses de clase.

Los años comprendidos entre 1902 y 1930, época cafetera y de creciente prosperidad, fueron en términos políticos los más estables y pacíficos que vivieron los colombianos desde la Rebelión de los Comuneros. Aun así, a lo largo de este período la historia colombiana mostró una considerable continuidad con el siglo anterior y su legado de movilización popular. La élite, tanto liberal como conservadora, se ocupó menos de las importantes cuestiones que la había dividido –o de las luchas por el control estatal– y más de los beneficios que ofrecían la pujante economía cafetera y la tardía entrada de Colombia al mercado mundial. Los ingresos del café, así como los del banano, el petróleo y unas pocas manufacturas, sumados a la inyección de capital pagado por Estados Unidos a Colombia por la amputación de Panamá, explican el sobrenombre de la “danza de los millones” que se le dio al período posterior a la Primera Guerra Mundial. Pese a su reputación de tranquilidad en todo caso, las primeras tres décadas del siglo XX se caracterizaron igualmente por el descontento laboral, las huelgas, las invasiones de tierra y los intentos de rebelión armada por parte de los socialistas y los liberales de izquierda. No es casual que durante esos años la dirigencia del Partido Liberal comenzara a extender una mano tentativa y vacilante hacia una base popular más amplia.

Después de haber vivido la Guerra de los Mil Días, los artesanos y los obreros emplearon técnicas tradicionales de movilización tales como la creación de sociedades de ayuda mutua, sociedades funerarias y cajas

---

<sup>42</sup> H. Delpar, *op. cit.*, p. 188.

<sup>43</sup> C. W. Bergquist, *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910*, *op. cit.*, p. 157.

de ahorro; además se movilizaron políticamente. Para empezar, crearon el primer Sindicato de Obreros Industriales en 1904 –de corta existencia– y lo revivieron en 1910. Este grupo competía con otra organización: la Unión Obrera de Colombia; y miembros de ambos organismos terminaron por fundar el Partido Socialista en 1919. Este naciente partido de los trabajadores maniobró a la par y en contra de facciones del Partido Liberal entre 1919 y 1924, pero en general nunca se apartó demasiado de la izquierda liberal ni en su doctrina ni en su apoyo de base. Después de años de frustración y a raíz de los violentos episodios que acompañaron las elecciones de 1925, sectores de la izquierda liberal y del Partido Socialista crearon el Partido Socialista Revolucionario (PSR), en 1926.<sup>44</sup>

Hay amplia evidencia de que el PSR tenía un apoyo masivo a pesar de nunca haber participado en elecciones nacionales. Actuaba entre los campesinos, los trabajadores fluviales y bananeros, y también contaba con el apoyo de un considerable sector de los artesanos.

Cuando la huelga de los trabajadores petroleros y fluviales fue reprimida por el gobierno conservador en 1927, muchos miembros del PSR con antecedentes liberales exhortaron al Partido a que siguiera la antigua tradición de la resistencia armada, y comenzaron a planificar un alzamiento que coincidiera con el paro laboral. Esta actividad, junto con el crecimiento de la militancia entre los liberales de izquierda y los socialistas, corrió paralela a la continua intensificación de los conflictos por la tierra entre arrendatarios y latifundistas, y entre los colonos que habían desbrozado nuevas tierras para el café y aquellos que reclamaban los títulos legales.

En ese contexto tuvo lugar, con consecuencias desastrosas, la infame huelga del Sindicato de Trabajadores de la United Fruit Company, a fines de 1928, en el departamento de Magdalena. El 6 de diciembre, miles de trabajadores del banano se habían congregado en la estación ferroviaria de Ciénaga para seguir las negociaciones de la huelga. Las tropas del Gobierno, pensando que los trabajadores iban a atacar a Santa Marta, decidieron abrir fuego y mataron a cientos de ellos y a sus familiares. La masacre de las bananeras no desalentó a los sectores del Partido Socialista

---

<sup>44</sup> G. Long, “The Dragon Finally Came: Industrial Capitalism, Radical Artisans and the Liberal Party in Colombia, 1910-1948”, *op. cit.*

que planeaban un levantamiento armado; sin embargo, su operación fue neutralizada cuando a principios de 1929 su reserva secreta de armas fue descubierta y muchos de sus líderes fueron arrestados.

Irónicamente, justo cuando el PSR se estaba desintegrando, el Partido Liberal –con el apoyo masivo de la base socialista– despojó una vez más de la presidencia del país al Partido Conservador, que se presentó dividido a las elecciones de 1930. Así concluyó la *Hegemonía Conservadora* (1885-1930) y se inició la República Liberal (1930-1946).

Esta experiencia histórica ilustra el vigor que tenía la movilización popular antes de 1930. Es más, dicha movilización se manifestó de diversas formas, incluyendo una completa y abierta participación electoral. Respecto al interrogante acerca de si las elecciones en el siglo XIX y comienzos del XX fueron “contienda legítimas” o “meras charadas para reforzar el control social”, Eduardo Posada-Carbó ha sostenido: “Muchas fueron realmente contiendas significativas”, y tanto él como David Bushnell y Malcom Deas han subrayado la importancia de las elecciones en la cultura política colombiana. Posada-Carbó hace particular énfasis en la temprana expansión del sufragio en Colombia, la participación electoral relativamente alta en ciertos períodos, la intensidad de la competencia, y el impacto a largo plazo de las frecuentes campañas electorales. Estas “tradiciones electorales” estaban “fuertemente arraigadas en los comienzos de la República” y “persistieron durante la Hegemonía Conservadora”. La política en Colombia evidenciaba un “compromiso con el sufragio que creció hasta involucrar sectores sustanciales de la sociedad colombiana”. Posada-Carbó rechaza vehementemente la aseveración de que las elecciones fuesen “meras funciones teatrales en las cuales aquellos en el poder pastoreaban hacia las urnas, sin mayores dificultades, rebaños de votantes inconscientes e indiferentes”.<sup>45</sup>

En 1886 el triunfante régimen conservador centralizó el sistema electoral y estableció una estructura de dos niveles que limitaba la influencia del pueblo. Todos los ciudadanos hombres podían votar por concejales

---

<sup>45</sup> Eduardo Posada-Carbó, “Limits of Power: Elections under the Conservative Hegemony in Colombia, 1886-1930”, *Hispanic American Historical Review*, Durham, Duke University Press, vol. 77, núm. 2, 1997, pp. 249-250.

y diputados; pero se requería saber leer y ser dueño de propiedades para votar por los candidatos a la Cámara de Representantes (que elegía a los senadores) y por el presidente de la nación. Con todo y eso, a menudo en la práctica se gozaba más ampliamente del derecho a votar, y el voto se tomaba muy en serio –razón por la cual los fracasados intentos de garantizar elecciones justas contribuyeron a iniciar la Guerra de los Mil Días.

Esta herencia de guerra y movilización partidista cimentó la bien definida geografía política que había en Colombia en 1920 y en particular la geografía de la izquierda liberal. Las diversas corrientes ideológicas del pensamiento liberal también desempeñaron un papel en esta geografía (puesto que el liberalismo era enemigo de la esclavitud, no fue un accidente que las zonas de fuerte presencia afrocolombiana fueran más tarde fortines de la izquierda liberal). En términos generales, la Costa Atlántica –y puede añadirse también la Costa Pacífica–, extensas franjas del valle del río Magdalena, el centro del país –especialmente en el Alto Magdalena– y el valle del río Cauca, fueron escenario de una movilización popular radical.<sup>46</sup>

Durante el siglo XIX y comienzos del XX el común del pueblo colombiano en repetidas veces demostró que estaba ampliamente dispuesto a participar en la movilización sin contar con la bendición o guía de sus gobernantes. Indudablemente, la élite dominaba los Partidos Liberal y Conservador, mientras que los *odios heredados* dividían al pueblo de manera grotesca. Sin embargo, la movilización popular autónoma era ubicua y particularmente poderosa en la izquierda liberal.

---

<sup>46</sup> También había (y hay todavía) cepas de conservadurismo popular, pero éstas han tenido una naturaleza distinta de las corrientes del liberalismo izquierdista. No fueron, en particular, derivadas de la tradición del Siglo de las Luces (1776/1789-1848), pues sus raíces se encontraban más bien en el catolicismo colombiano. La distribución geográfica de tales cepas de conservadurismo popular tuvo mayor densidad en Antioquia y sus zonas cafeteras; así como en Boyacá y, probablemente, en Nariño y Cauca. Aunque es relativamente reducida la investigación que se ha realizado sobre las corrientes del conservadurismo popular, Ayala Diago las abordó seriamente en: César Ayala Diago, *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional. Los orígenes de la Alianza Nacional Popular, Colombia, 1953-1964*, Bogotá, COLCIENCIAS, 1996. V. t. M. J. Roldán, *op. cit.*

## LAS RAÍCES HISTÓRICAS DE LA DIVISIÓN LIBERAL

El liberalismo, un término que rara vez ha sido bien definido, abarca una extendida y un tanto contradictoria familia de ideas.<sup>47</sup> Producto de la tradición intelectual y la experiencia política europea y estadounidense, el liberalismo emana de la creencia en los derechos *naturales* de los individuos. Los teóricos políticos y los filósofos recalcan que uno de los elementos esenciales del liberalismo es su carácter *individualista*, en su afirmación de la “primacía moral del individuo contra las demandas de cualquier colectividad social”.<sup>48</sup> Los derechos individuales asociados al liberalismo incluyen la libertad de expresión, de asamblea y de religión; la libertad de tener propiedades; el derecho al debido proceso y las garantías frente a la arbitrariedad del poder estatal; así como la igualdad ante la ley, y especialmente el rechazo de privilegios basados en la cuna. Todo esto formaba el núcleo constitucionalista del liberalismo. Por otra parte, éste también se asocia en general con el *laissez-faire* en la economía, por el cual el mercado reina supremo y sin trabas. Tomados en conjunto, estos elementos forman lo que comúnmente se conoce como *liberalismo clásico*.

Al mismo tiempo, sin embargo, nociones liberales alternativas y prácticas de gobierno pueden hallarse en el concepto colectivista de la *voluntad común* de Rousseau, en las medidas tomadas en Francia por el régimen revolucionario jacobino entre 1793 y 1794 y en la corriente radical del pensamiento liberal entre 1815 y 1848. El liberalismo es, además y por lo tanto, “igualitario, puesto que confiere a todos los hombres” el mismo estado moral, político y legal, mientras afirma la naturaleza universal de la especie humana y la capacidad para mejorar las instituciones humanas. Como señala Benjamín Constant, el concepto de *libertad* de Rousseau no se refiere simplemente a la “esfera de la no interferencia o independencia bajo la ley”; más bien, evocando a la Grecia antigua,

---

<sup>47</sup> V. Maurice Cranston, “Liberalism”, en: *The Encyclopedia of Philosophy*, Nueva York, MacMillan, 1967, vol. 4, pp. 458-461; Pierre Manent, *An Intellectual History of Liberalism*, traducción de Rebecca Balinski, Princeton, Princeton University Press, 1995; y John Gray, “Liberalism”, en: *Concepts of Social Thought Series*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1986.

<sup>48</sup> J. Gray, *op. cit.*, p. X.

implica el “derecho de tener voz en la toma de decisiones colectivas”.<sup>49</sup> Aun así, en el contexto de la historia latinoamericana, las discusiones en torno al liberalismo habitualmente han desconocido la clara división entre sus corrientes individualistas y las que en general pueden llamarse sus variantes socialmente cooperativas. Aunque a menudo pasadas por alto, estas corrientes se manifestaron en diferentes países en configuraciones sorprendentemente similares.

En Gran Bretaña, su ejemplo arquetípico, el liberalismo político surgió de los conceptos lockeanos de libertad –que enfatizaban los derechos individuales–, y evolucionó de la mano del clásico *laissez-faire* de la economía mercantil –identificado con la *escuela manchesteriana* del Partido Liberal–. De hecho, entre muchos latinoamericanistas, *lo liberal*, *lo individual* y el *laissez-faire* están incondicionalmente ligados. Sin embargo, a fines del siglo XIX teóricos como Matthew Arnold y T. H. Green comenzaron a abrazar la idea de que bajo los auspicios del Estado, el pueblo podía ser –colectivamente– liberado de la ignorancia y la pobreza. Con el tiempo estas dos facciones del Partido Liberal inglés se dividieron: el ala del *laissez-faire* se unió con las fuerzas conservadoras, y los elementos más radicales gravitaron hacia el socialismo. En Alemania también hubo dos interpretaciones resueltamente opuestas del liberalismo; en términos generales, éstas pueden describirse como la *lockeana* –preocupada por los derechos individuales– y la *étatiste* –que buscaba en el Estado la protección de los derechos colectivos.

El concepto de liberalismo en la tradición francesa, cuyo impacto en América Latina fue mucho más profundo, es incluso más nebuloso. Para comenzar, hay algunos partidarios que dividen el pensamiento político francés en dos campos generales: el *conservateur*, que respalda a la Iglesia católica y el orden establecido, y el *libéral*, que se opone a la Iglesia y apoya el progreso y los derechos del hombre –lo cual, por lo demás, se asemeja mucho al caso de España y de gran parte de América Latina–. Para estos teóricos, el liberalismo abarca el espectro completo de la izquierda. Otros pensadores políticos, sin embargo, filtran el legado francés con un cedazo teórico mucho más fino. En la derecha identifican el monarquismo y el

---

<sup>49</sup> *Ibid.*, pp. X y 1.

conservatismo; en la izquierda distinguen entre socialismo, anarquismo, sindicalismo y comunismo; y en el centro localizan al liberalismo. En esta construcción, el *libéralisme* es ubicado fuera de la izquierda e incluso en oposición a ella. Pero en el seno de la tradición política francesa, entre pensadores que se consideran liberales, como en los casos ya mencionados, hay corrientes conflictivas. Por un lado está el liberalismo lockeano que aboga por la intervención limitada del Estado, el constitucionalismo, el *laissez-faire* y el individuo –es decir, el liberalismo de Voltaire, Montesquieu y Benjamín Constant–. Por el otro está el liberalismo a lo Rousseau, democrático, colectivista y estatista: el liberalismo de los radicales de la Revolución francesa y los levantamientos de 1848.

Existe en la actualidad un creciente corpus teórico en torno al fenómeno del *liberalismo popular* latinoamericano en el siglo XIX, que reconoce esa división liberal interna. Andrew Daitsman identificó un liberalismo *conservador* en Chile, que él yuxtapuso a formas más *radicales* del liberalismo basadas en el sector artesanal. Señala Daitsman: “La discusión ideológica popular se dio dentro de un ambiente dominado por el liberalismo, y los artesanos se apropiaron de los elementos claves de ese discurso”, para definirse ellos mismos políticamente. Esta *apropiación ideológica* implicó *decisiones*, y “al acercarse [...] al liberalismo, los artesanos tomaron decisiones diferentes de las de su contraparte, la élite”.<sup>50</sup> El caso de México también ha sido muy estudiado. Brian Hamnett sostiene que las divisiones en el liberalismo mexicano surgieron como fraccionamientos entre los niveles nacional, provincial y local, y específicamente como disputas políticas por la distribución del poder y los recursos. “El liberalismo provinciano (también llamado *liberalismo popular*) atrajo a los grupos socio-étnicos (y económicos) medios y bajos” que creían “que el movimiento resarciría sus agravios, los liberaría, o les haría posible avanzar social y materialmente”. La *tradición republicana popular* mexicana tuvo un impacto profundo en la movilización política regional del pueblo, a diferencia de la nacional, donde –como sugiere Guy

---

<sup>50</sup> Andrew L. Daitsman, “The People Shall Be All: Liberal Rebellion and Popular Mobilization in Chile, 1850-1860” [disertación para doctorado], Madison, University of Wisconsin, 1995, p. 163.



Thomson—había una “notable merma del contenido popular del liberalismo”.<sup>51</sup> Así es que mientras las Revoluciones de 1776, 1789 y 1848 tuvieron una amplia influencia en América Latina, las “ambigüedades inherentes a los mal definidos y disputados linderos del liberalismo europeo” —como Andrew Daitsman señala incisivamente— “se intensificaron en el contexto latinoamericano”.<sup>52</sup>

No sorprende por consiguiente que en la Colombia del siglo XIX también hubiera ideas diferentes y opuestas que dieron origen a liberalismos divergentes. Hubo divisiones significativas en el Partido Liberal casi desde su formación, en la mitad del siglo XIX. Estas divisiones han sido comúnmente ignoradas, puesto que algunos historiadores siguen subrayando —como ya se dijo— que el “emergente sistema partidista era esencialmente bipolar: conservadores versus liberales”, con un componente ideológico relativamente pequeño.<sup>53</sup>

No obstante, las diferencias ideológicas entre los liberales fueron una fuerza impulsora. Los liberales de la élite juzgaban los conceptos igualitarios como algo primordialmente aplicable a los ciudadanos ilustres y adinerados, los “iguales entre iguales”. Esto ha de considerarse, en especial teniendo en cuenta el racismo arraigado entre las clases altas. Las masas de indígenas, negros y mestizos “eran tratados como inferiores [...] incapaces de decidir sobre sus propios destinos”.<sup>54</sup>

---

<sup>51</sup> Brian R. Hamnett, “Liberalism Divided: Regional Politics and the National Project during the Mexican Restored Republic, 1867-1876”, *Hispanic American Historical Review*, Durham, Duke University Press, vol. 76, núm. 4, 1996, pp. 662-666. V. t. Guy P. C. Thomson, “Popular Aspects of Liberalism in Mexico, 1848-1888”, *Bulletin of Latin American Research*, Reino Unido, The Society for Latin American Studies, vol. 10, núm. 3, 1991, pp. 265-292; y F. E. Mallon, *op. cit.*

<sup>52</sup> A. L. Daitsman, *op. cit.*, p. 161.

<sup>53</sup> D. Bushnell, *op. cit.*, p. 117. Según Braun, tuvieron pocas bases ideológicas tanto la movilización popular como las guerras civiles en el siglo XIX. En el entorno político, “más que en la ideología, las vidas y la subsistencia de los individuos se ponían en juego” (Herbert Braun, *The Assassination of Gaitán: Public Life and Urban Violence in Colombia*, Madison, University of Wisconsin Press, 1985, pp. 13-14). Otros historiadores han observado escisiones entre los liberales, aunque se concentran en los cismas entre la élite y el Partido; v. Helen Delpar, “Aspects of Liberal Factionalism in Colombia, 1875-1885”, *Hispanic American Historical Review*, Durham, Duke University Press, vol. 51, núm. 2, 1971, pp. 250-274.

<sup>54</sup> Á. Tirado Mejía, *El Estado y la política en el siglo XIX*, *op. cit.*, p. 36.

Pero entre el pueblo el aura ideológica y cultural de la Revolución francesa de 1848 sacudió fuertemente el liberalismo izquierdista en su momento de formación. Las corrientes de pensamiento que generó esta sacudida tuvieron una profunda influencia en los estratos medios y bajos, especialmente entre los artesanos, que leían las obras de Alfonso de Lamartine, Víctor Hugo, Eugenio Sue, Louis Blanc y otros. Jaime Jaramillo Uribe aseveró: “Prácticamente no hubo, entre 1848 y 1870, periódico de Bogotá y de las capitales de provincia que no publicara” fragmentos, ensayos, u obras en serie de estos autores. “Sus héroes y heroínas eran tomados de los bajos fondos sociales”, y sus temas ayudaban a los colombianos a imaginar un nuevo mundo, al hacer énfasis en el progreso social para los desheredados, en la igualdad y la justicia.<sup>55</sup> De hecho, se ha argumentado que la “apropiación simbólica y la reelaboración semántica de los ideales y consignas de la Revolución francesa por parte de las clases subalternas fue una constante desde el mismo momento de la Independencia”. Diferentes sectores de la sociedad hicieron suyos los conceptos de “libertad, igualdad, fraternidad, derechos humanos [y] democracia”; y entre ellos descollaron los artesanos del siglo XIX y el movimiento obrero de las décadas de 1930 y 1940, que culminaría en el movimiento gaitanista entre 1944 y 1948.<sup>56</sup>

Todos los estudiosos están de acuerdo en que la década de 1850 fue un hito para la creciente participación política en Colombia. Hacia 1850 una nueva generación política, en su mayoría influenciada directamente por las ideas liberales, reemplazó a la generación de las guerras de independencia.<sup>57</sup> Entre 1848 y 1854 –período que se inició con la elección del presidente liberal José Hilario López y terminó con la supresión de los componentes de origen artesano y popular dentro del Ejército en Bogotá–, surgió una división momentánea entre liberales que perduraría bajo la superficie y reaparecería periódicamente durante los siguientes cien años.

Después de 1849 los artesanos fundaron las *sociedades democráticas* para protestar por la tarifación, pero estas sociedades rápidamente se

---

<sup>55</sup> Jaime Jaramillo Uribe, “La influencia de los románticos”, en: *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos* [1977], reimpresión: Bogotá, El Áncora, 1994, pp. 165-166.

<sup>56</sup> M. Aguilera Peña y R. Vega Cantor, *op. cit.*, pp. 34 y 42.

<sup>57</sup> D. Bushnell, *op. cit.*, pp. 102-115.

convirtieron en el “vehículo de acción política” que incluía a intelectuales e incluso a algunos de los miembros adinerados de las clases comerciantes.<sup>58</sup> Gerardo Molina sostiene: “La multiplicación de las sociedades democráticas, ya que el ejemplo de Bogotá fue seguido en diferentes ciudades, condujo a la radicalización del liberalismo”.<sup>59</sup> Estas sociedades tuvieron especial poder fuera de la capital –en Cali, Neiva, Mompo, Cartagena, Santa Marta y Buga, áreas que serían bastiones de la izquierda liberal a partir de la década de 1840–.<sup>60</sup> Fue igualmente importante la Constitución de 1853, que instituyó el voto masculino universal y las elecciones directas. Muchos liberales tenían dudas “acerca de la habilidad intrínseca del hombre común para hacer una inteligente selección de candidatos”. Les preocupaba especialmente que los campesinos podían ser “fácilmente manipulados por sacerdotes, terratenientes y otros patronos que impedirían un voto independiente”. Aun así, saldría airoso el “siempre venerado ejemplo de Francia”, que había impuesto con éxito el voto para todos los ciudadanos varones después de la Revolución de 1848.<sup>61</sup>

Esta coyuntura es confusa por cierto, ya que las dos facciones fundamentales del Partido Liberal abarcaban elementos populares y sostenían ideas radicales. Los *gólgotas* –llamados así porque uno de sus seguidores se refería a Jesucristo como el “mártir del Gólgota”– eran reformistas liberales radicales, en su mayoría de las clases altas, “para quienes era urgente acelerar el desmantelamiento de todas las restricciones gubernamentales y corporativas a la libertad de los individuos”. Desde el principio se aliaron con los artesanos organizados en apoyo al presidente José Hilario López. Su objetivo clave –y el del régimen liberal– era “eliminar las formas colectivas de propiedad en beneficio de las individuales”. Los *draconianos* –liberales de origen más popular– temían que el giro hacia las libertades individuales debilitara el orden social.<sup>62</sup> El general Melo,

---

<sup>58</sup> J. Jaramillo Uribe, “Las sociedades democráticas”, en: *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*, *op. cit.*, p. 191.

<sup>59</sup> G. Molina, *op. cit.*, t. 1, pp. 62-63; y F. Gutiérrez Sanín, *op. cit.*, pp. 63-64.

<sup>60</sup> J. Jaramillo Uribe, “Las sociedades democráticas”, en: *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*, *op. cit.*, pp. 200-201.

<sup>61</sup> D. Bushnell, *op. cit.*, p. 108.

<sup>62</sup> *Ibid.*, pp. 111-114.

líder de la facción draconiana, se ganó el respaldo de los artesanos y de las sociedades democráticas en su golpe de Estado de 1854. Sin embargo, mientras reconocen ampliamente este golpe de Estado como un momento lleno de contradicciones, muchos historiadores han terminado por ver una división de clases en esta desavenencia entre los liberales. Gerardo Molina sostiene que la confrontación entre gólgotas y draconianos fue una continuación del cisma entre lo que él llamó la “tendencia propiamente liberal y la tendencia democrática”. Molina argumenta que los gólgotas representaban al sector “propiamente liberal”, que defendía los derechos individuales; y que los draconianos eran demócratas deseosos de efectuar una apertura en el sistema político. Las diferencias entre los dos grupos “se establecían al nivel de los intereses económicos”, puesto que entre los gólgotas estaban los grandes comerciantes y aquellos que “exageraban el concepto de libertad de industria y comercio”, mientras que los draconianos representaban la expresión política de los artesanos que abogaban por un Estado proteccionista. Molina reconoce una “incongruencia” en el hecho de que los gólgotas fuesen los más responsables de introducir las ideas socialistas en Colombia, hacia las cuales muchos draconianos “no ocultaban su antipatía”. “Los gólgotas daban la impresión de ser intelectuales con principios pero sin masas, en tanto que los draconianos resultaban ser gentes con séquito popular pero sin principios”. A fin de cuentas y lo que es más significativo, los gólgotas hicieron causa común con los conservadores para aplastar la rebelión artesana draconiana.<sup>63</sup> Jaime Jaramillo Uribe afirma que dentro de las sociedades, las facciones comerciales del Partido Liberal –principalmente los gólgotas– llegaron a considerar problemáticas esas alianzas multclasistas con los artesanos. A su vez, estos expresaban claramente sus propios intereses, incómodamente inclinándose a evocar el espectro del conflicto de clases.<sup>64</sup> Tirado Mejía afirma sin titubeos: “Los acontecimientos de 1854 y la guerra de aquel año son la ocasión en que más claramente se presenta un enfrentamiento clasista durante el siglo XIX”. Según él, la clave para comprender la coalición de los draconianos con los artesanos se halla en los ataques liberales contra

---

<sup>63</sup> G. Molina, *op. cit.*, t. 1, pp. 64-65.

<sup>64</sup> J. Jaramillo Uribe, “Las sociedades democráticas”, en: *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*, *op. cit.*, pp. 208-210.

los militares y sus prerrogativas –cosa que implicaba amenazas contra una de las mejores vías de movilización social en la sociedad colombiana, y llevó a la alianza popular de soldados y artesanos–.<sup>65</sup> Por su parte, David Sowell –quien afirma que las tendencias socialistas de aquellas sociedades han sido exageradas, y subraya la idea de que la violencia política y la manipulación electoral “casi inmediatamente falseaban cualquier significación de un gobierno genuinamente representativo, incluso cuando las apariencias sugerían una fachada republicana”– admite: “Las movilizaciones partidistas les permitían a las *no élites* [los grupos sociales que no pertenecían a las élites] expresar sus intereses de clase en ciertas instancias, posibilitando el surgimiento de un carácter alternativo para la cultura política colombiana”. Sowell también anota: “El republicanismo artesano [...] hizo contrapeso al dominante liberalismo de la época”.<sup>66</sup>

Por último, en un estudio reciente dedicado específicamente al período 1849-1854, Francisco Gutiérrez Sanín hace hincapié en la presencia de la dinámica de clases durante el surgimiento simultáneo de las identidades partidistas y las facciones liberales en desarrollo. En 1851-1852, los miembros del *movimiento plebeyo* eran llamados *liberales rojos* por los conservadores y por los demás liberales. Esta división se manifestaba culturalmente en el antagonismo entre los “artesanos [...] hombres de *ruana* [el poncho colombiano]” y los “hombres de zapato y capa”. Se trataba de una clara división de clase entre los “doctores” y la “hez del pueblo”. Gutiérrez Sanín argumenta: “Entre 1849 y 1853 es claro que los liberales rojos, los *ruanas*, están en la extrema izquierda del espectro”. Sin embargo, estos se consideraban “liberales auténticos” y calificaban a sus “copartidarios de otras tendencias de tránsfugas y conciliadores con el Partido Conservador”.<sup>67</sup>

Gutiérrez Sanín ha admitido la interpretación por largo tiempo aceptada de que las luchas en el siglo XIX fueron movilizaciones controladas y manipuladas para los fines de la élite. No obstante, en su investigación

---

<sup>65</sup> Á. Tirado Mejía, *El Estado y la política en el siglo XIX*, *op. cit.*, pp. 91-92.

<sup>66</sup> David Sowell, *The Early Colombian Labor Movement: Artisans and Politics in Bogotá, 1832-1919*, Philadelphia, Temple University Press, 1992, pp. 52-53, 78 y 81.

<sup>67</sup> F. Gutiérrez Sanín, *op. cit.*, pp. 31-34 y 79.

identifica “ricas tradiciones de autonomía y resistencia” a través de las cuales los “sectores plebeyos rápidamente aprenden a instrumentar el mundo de lo político, tanto como éste utiliza a aquellos” en el conflicto interno de la élite. La movilización popular autónoma no sólo permaneció como *una constante* sino que se intensificó en 1854. En última instancia, Gutiérrez Sanín rechaza la simple imagen de *carne de cañón* que se la da a la participación política popular a comienzos del siglo XIX, replicando que algunos “sectores populares” demostraban gran sensibilidad política. Los artesanos podían organizarse, eran económicamente independientes y sumamente conscientes de sus derechos políticos, eran flexibles, adaptables y capaces de hacer alianzas con otros grupos y clases. En este período de mediados de siglo, los plebeyos estuvieron muy ocupados *creando tradiciones* de movilización popular.<sup>68</sup>

De hecho, estas divisiones entre liberales continuaron a lo largo del siglo XIX, incluso cuando los violentos enfrentamientos entre liberales y conservadores parecían eclipsarlas. Al enfocar las dimensiones regionales de la temprana división liberal, Richard Stoller hizo una crónica de cómo en los primeros años después de la Independencia, los conflictos generados por la escasez de recursos y las rivalidades locales se fueron transformando gracias a los choques con la ideología liberal y dentro de ella en la década de 1850. Stoller demostró que el potencial subversivo de la ideología liberal frecuentemente dividió al Partido, ayudó a crear cepas conservadoras y aguijoneó los conflictos violentos después de 1860.<sup>69</sup> A finales del siglo XIX el liberalismo se hallaba a todas vistas dividido entre “patricios y plebeyos”.<sup>70</sup> Charles Berquist indicó asimismo

---

<sup>68</sup> *Ibíd.*, pp. 130 y 155-158.

<sup>69</sup> R. Stoller, *op. cit.*, pp. 1-19. Este autor se concentró en el caso de Socorro, localidad que no estaba bien conectada con el mercado mundial, y que “nunca había tenido ningún encuentro de importancia con el capital extranjero”. Por consiguiente, en ese caso “los preceptos económicos de la ideología liberal estaban en constante peligro de ser arrollados por las posibilidades de la subversión social”. V. t. el caso de Bucaramanga en 1879, abordado por Fischer en: Thomas Fischer, “Craftsmen, Merchants, and Violence in Colombia: The *Sucesos de Bucaramanga of 1879*”, *Itinerario*, s. l., vol. 20, núm. 1, 1996, pp. 79-99.

<sup>70</sup> G. Long, “*Popular Liberalism*”, *op. cit.*, p. 18. V. t. Malcom Deas, “Poverty, Civil War and Politics: Ricardo Gaitán Obeso and his Magdalena River Campaign

que en la década de 1890 los “liberales guerreristas” eran revolucionarios “hombres del pueblo” que veían a sus oponentes dentro del Partido –los civilistas o “liberales pacíficos”– como “mercaderes pusilánimes” aliados de los conservadores.<sup>71</sup> A propósito, García Márquez ofreció una perspectiva similar en su crónica ficticia de las guerras civiles en *Cien años de soledad*.

Teniendo en cuenta las escisiones ideológicas que separaban a los liberales en todo el mundo, así como la naturaleza tumultuosa de su propio desarrollo, no es sorprendente que el Partido Liberal colombiano continuara seriamente fracturado después de 1902.

*DEBATES INTERNOS ACERCA DEL FUTURO DEL LIBERALISMO:  
DOS LIBERALISMOS*

Muchos liberales del siglo XX vieron en los conflictos del siglo previo el proceso de gestación y nacimiento de una visión democrática de la sociedad que evolucionaba hacia la inclusión de matices más populares y hasta de nociones basadas en la dinámica de clases. Los debates recurrentes que se dieron entre liberales durante la primera mitad del siglo sobre la naturaleza y el futuro del Partido dejaron claro que las dos diferentes –y longevas– conceptualizaciones del liberalismo aún seguían vivas. Y lo que es más, la corriente orientada por lo popular tenía una superposición considerable con otras corrientes de la izquierda.

Durante los años veinte, treinta y cuarenta los liberales de tendencia radical delinearon los vestigios de su linaje liberal hasta Rafael Uribe Uribe, el general de la Guerra de los Mil Días y el político del cambio de siglo. Gerardo Molina argumenta que Uribe Uribe y el general Benjamín Herrera –otro héroe liberal de la Guerra de los Mil Días y candidato presidencial en 1922– fueron parte del mismo movimiento que buscaba hacer que el liberalismo dejara de ser un partido “individualista” y aceptara el “credo colectivista”. Pretendían crear una nueva organización política en

---

in Colombia, 1885”, *Nova Americana*, Turín, Giulio Einaudi, núm. 2, 1979, pp. 263-303.

<sup>71</sup> C. W. Bergquist, *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910*, *op. cit.*, pp. 90-91.

la cual el “liberalismo [pusiera] las masas y el socialismo la doctrina”.<sup>72</sup> En 1935 los liberales de Cartagena alegaron que las reformas doctrinarias de 1930 derivaban del pensamiento de Uribe Uribe y Benjamín Herrera.<sup>73</sup> Poco después, un grupo de liberales en Toro, Valle, enviaron un manifiesto al presidente López apoyando sus esfuerzos por hacer de Colombia un “Estado verdaderamente democrático, pleno de garantías para todos los ciudadanos”. Estaban dispuestos a dar la batalla por las “reivindicaciones sociales, políticas y económicas” como lo habían hecho sus distinguidos caudillos Benjamín Herrera y Rafael Uribe Uribe.<sup>74</sup>

Los “ideales de Uribe”, como a menudo fueron llamadas las bases ideológicas del liberalismo, terminaron siendo una herencia ambigua; y, sin embargo, proporcionaron un fundamento para perspectivas más críticas. Los izquierdistas colombianos estaban mucho más familiarizados con Uribe Uribe y sus “doctrinas basadas en la justicia social” que con Marx.<sup>75</sup> De hecho, el ser militante del Partido Liberal a duras penas impedía continuar simpatizando con la izquierda. Muchos seguidores de Uribe Uribe se consideraban a sí mismos como socialistas. Por otra parte, aunque fue un distinguido líder de la Guerra de los Mil Días, a Uribe Uribe no se le recordó como a un napoleón colombiano, un “monomaniaco de la guerra”. Luchó, como luego sostendrían los liberales, por una causa.<sup>76</sup> Difícilmente puede exagerarse la importancia de Uribe Uribe para los

---

<sup>72</sup> G. Molina, *op. cit.*, t. 2, p. 130.

<sup>73</sup> “La reforma liberal”, *El Debate*, Cartagena, 13 de diciembre de 1935, p. 3.

<sup>74</sup> “De doscientos liberales a Alfonso López Pumarejo” [Toro, Valle, marzo de 1936], en: Archivo Presidencial de Colombia (APC), Bogotá, 1936, vol. 4.

<sup>75</sup> Guillermo Cobanella, “Rafael Uribe Uribe, creador de una doctrina social”, en: Otto Morales Benítez, ed., *El pensamiento social de Uribe Uribe*, Medellín, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1988, p. 21. Según Sharpless, al tratarse de muchos jóvenes liberales, pese a que estos tenían ciertas ideas radicales, “[su] conocimiento teórico y [su] cometido a largo plazo con el marxismo eran cuestionables” (Richard Sharpless, *Gaitán of Colombia: A Political Biography*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1978, p. 44). El grueso de los radicales, por ende, marchó lado a lado con Gaitán, mientras mantenían sus nexos con el liberalismo colombiano.

<sup>76</sup> Milton Fuentes, *Historia del partido liberal*, s. d.



liberales que le sucedieron, ya que su fama trascendió las “barreras del mito y la leyenda”.<sup>77</sup>

La quintaesencia de la duradera fama de Uribe Uribe entre los liberales de izquierda en Colombia halló expresión en una frase de amplia notoriedad recordada por largo tiempo y a menudo citada por los gaitanistas. Cerca del fin de siglo afirmó: “El liberalismo, si aspira a mantener su vigencia como partido político, tiene que beber en las fuentes del socialismo”.<sup>78</sup> Esta aserción estableció una herencia dual para Uribe Uribe, pues la noción personal del socialismo del caudillo histórico difería en cierto modo de la de sus futuros admiradores. Con todo y eso, la izquierda liberal se lo apropió como un valioso proponente liberal del *socialismo*.

Uribe Uribe creía en algo que bien podría llamarse *socialismo preventivo*. En el Teatro Municipal de Bogotá, en octubre de 1904, ofreció su exposición esencial en un discurso titulado “El socialismo del Estado”, al afirmar claramente: “No soy partidario del socialismo de abajo para arriba, que niega la propiedad, ataca al capital, denigra la religión, procura subvertir el régimen legal [...], pero declaro profesar el socialismo de arriba para abajo, por la amplitud de las funciones del Estado”. Uribe Uribe pensaba que no había otra alternativa fuera de instituir el socialismo de Estado para así resolver los conflictos sociales antes de que estos aparecieran. Rompió con los liberales latinoamericanos del siglo XIX que, según sostenía, habían sido “víctimas” de Smith, Mill, Spencer “y demás predicadores del libre cambio absoluto y de las célebres máximas del *laissez-faire*”. Tales ideas habían beneficiado grandemente a Europa, a expensas de Latinoamérica. Uribe Uribe de hecho afirmaba que el socialismo de Estado era ya una realidad en Europa y Estados Unidos, y por lo tanto era el camino hacia el

---

<sup>77</sup> Eduardo Santa, *El pensamiento político de Rafael Uribe Uribe*, Bogotá, Tercer Mundo, 1980, p. 17.

<sup>78</sup> Henao Hidrón citó a Uribe Uribe sin ofrecer una fuente (Javier Henao Hidrón, *Uribe Uribe y Gaitán: caudillos del pueblo*, Medellín, Bedout, 1986, p. 140). La perspectiva de Uribe Uribe reflejaba y pudo haber sido influenciada por uno de sus coetáneos británicos, L. T. Hobhouse; Hobhouse también enfatizaba el desplazamiento del liberalismo hacia la izquierda por todo el mundo, advirtiendo la diferencia entre el “viejo” y el “nuevo” liberalismo, y abogaba asimismo por un “socialismo liberal” o “liberal-socialismo” (Leonard Trelawny Hobhouse, *Liberalism*, Nueva York, Oxford University Press, 1964).

futuro. En Europa, argumentaba, el socialismo de Estado había producido una abundancia de carreteras, ferrovías, telégrafos, puertos y mejoras en la salud pública y la educación, “casi todo lo constituido por las conquistas y las comodidades del progreso moderno”. Los latinoamericanos, por el contrario, creían en el *individualismo* y, de resultas, se hallaban “pobres, débiles y atrasados”.<sup>79</sup>

Teniendo en cuenta el legado de enfrentamientos internos del Partido Liberal y la codificación intelectual que le dio Uribe Uribe a su ala izquierdista en el siglo XIX, no sorprende que los liberales –tanto a las puertas del poder como durante sus primeros años de control gubernamental, a principios de la década de 1930– se manifestasen con pronunciada incertidumbre acerca del carácter y la dirección de su partido. El liberalismo enfrentaba una multitud de preguntas sin respuesta respecto a sus conexiones con el socialismo. He aquí sólo algunas de ellas: ¿Eran de hecho el partido de la izquierda? ¿Cuál había sido la esencia de sus manifestaciones en el siglo XIX? ¿Cómo deberían cambiar las plataformas y políticas del Partido?

El intento de encausar el Partido hacia la izquierda es lo que Molina llamó un proceso de “socialización del liberalismo”.<sup>80</sup> Pero aunque muchos estudiosos han investigado los años anteriores y posteriores a la resurrección del liberalismo, todavía no cristaliza del todo la interpretación de los debates internos que se dieron a fines de la década de 1920 y durante los años treinta.

¿Coquetearon los liberales con el radicalismo pero nunca lo asumieron en la realidad? Ésa es la pregunta retórica que hace Palacios al admitir que los liberales absorbieron ciertas corrientes socialistas pero sin fundirse a la larga con ellas. Con esta conclusión Palacios le resta importancia a los conflictos internos del liberalismo y pasa por alto a la izquierda liberal como una entidad importante.

Cuando Stoller examina los debates y cambios en el Partido, afirma que el futuro presidente, Alfonso López Pumarejo “[...] –singularmente

---

<sup>79</sup> Rafael Uribe Uribe, “El socialismo del Estado”, en: José Fernando Ocampo, ed., *Escritos políticos*, Bogotá, Áncora, 1984, pp. 110-111 y 116.

<sup>80</sup> G. Molina, *op. cit.*, t. 2, p. 130.

entre todas las figuras liberales de los años veinte–, percibió con claridad estos procesos a medida que se desarrollaban, y además los consideró saludables como algo que ‘libera a los siervos de la gleba’”. Aunque enfatiza con exactitud la naturaleza proselitista del ascenso de López Pumarejo, Stoller acentúa la dicotomía entre liberales y conservadores a tal punto que descuida lo profundo de la rivalidad en el seno del Partido Liberal; en efecto, a pesar de identificarlas, parece desconocer la importancia de todas las corrientes liberales de izquierda, aparte de la de López Pumarejo. Para Stoller, el radicalismo liberal comienza y termina con López Pumarejo.

Si bien J. Cordell Robinson reconoce que el debate ideológico rompió muchas barreras en la mentalidad política del país, especialmente en lo que concierne a la “relación entre el hombre y el Estado”, se enfoca, sin embargo, casi exclusivamente en el discurso de la élite. A pesar de advertir que en los años veinte sí hubo un movimiento que –intentando redefinir al Partido Liberal– se alejó de los “principales pilares” del liberalismo del siglo XIX –es decir, del *individualismo* y el *laissez-faire*–, las conclusiones del análisis de Robinson impiden reconocer la larga historia de este proceso, al representarlo como un novedoso fenómeno entre los “jóvenes intelectuales”.<sup>81</sup>

En sus matizadas discusiones sobre los debates ideológicos previos y posteriores a 1930, Braun subrayó la “convivencia” –la “política de urbanidad”– entre los líderes liberales y conservadores. No obstante, su tratado atribuye poco sentido al conflicto interno de la élite y a la disensión ideológica entre los liberales. Si bien señaló diferencias entre los líderes liberales y conservadores, les dio más importancia a sus conexiones y puso asimismo de relieve la división entre las paternalistas élites “convivialistas” y el pueblo que éstas pretendían civilizar.

Sharpless advirtió el “fermento político” de esos años, aunque se dirigió por demás de la cúpula hacia la base al analizar la cuestión, pues sólo

---

<sup>81</sup> M. Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia, 1875-1994*, op. cit., pp. 121, 131 y 157-160; Richard Stoller, “Alfonso López Pumarejo and Liberal Radicalism in 1930s Colombia”, *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, Cambridge University Press, núm. 27, 1995, p. 375; y J. Cordell Robinson, *El movimiento gaitanista en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1976, pp. 25 y 27-28.

se enfocó en los intelectuales de Bogotá. Enfatizó también la convergencia de las élites liberales y las conservadoras; y a la vez que reconoció ciertas diferencias ideológicas, puntualizó el hecho de que, al verse amenazado el sistema, la “oligarquía descubrió sus intereses en común”. Se refirió también a la generación emergente llamada los *nuevos*, muchos de los cuales, anotó, querían socializar el liberalismo. Pero a fin de cuentas, Sharpless ofreció sólo un sentido limitado de la tradición de izquierda liberal.<sup>82</sup>

Aunque instructivas, cada una de estas interpretaciones descuida hasta cierto punto la riqueza y longevidad del debate liberal interno, tanto en el seno de las élites mismas como entre las élites y el pueblo. En su interior, el Partido Liberal ocasionalmente rayó en la lucha de clases, y las tendencias radicales abundaron más allá de las expuestas por los habitualmente identificados como sospechosos. Los observadores ya citados se enfocaron en la perspectiva de la élite liberal –y conservadora– durante los años veinte y treinta, descuidando las significativas contribuciones de los líderes previos de la izquierda liberal, especialmente la de Uribe Uribe. También dejaron completamente de lado las ideas generadas por la base militante liberal. Sólo al reconocer tales precursores intelectuales y voces liberales populares se aclara que este debate sobre los propósitos y la identidad del liberalismo fue un fenómeno importante con profundas raíces históricas.

Ciertos liberales de los años veinte y treinta sostuvieron, con propósitos retóricos y más bien disimuladamente, que sólo en los “tiempos recientes” se podía hablar de liberales de izquierda y derecha o debatir si el liberalismo era o no era un “partido esencialmente popular”. Por ejemplo, según el intelectual liberal de izquierda Armando Solano, en su “edad heroica” del siglo XIX, el liberalismo no lo fue. Pero a mediados de los años treinta en todo caso, los liberales de izquierda como Solano, que deseaban llevar al Partido en una dirección más radical, afirmaban que el liberalismo de entonces debería estar por la causa del pueblo, de los “desposeídos”, y por la igualdad ante la ley: “democracia, en una palabra”.<sup>83</sup> Solano había lidiado con esta cuestión durante algún tiempo. En 1928 se retiró brevemente del Partido. Su declaración, en la cual

---

<sup>82</sup> H. Braun, *op. cit.*, pp. 20-28; y R. Sharpless, *op. cit.*, pp. 22 y 24.

<sup>83</sup> Armando Solano, “Prólogo”, en: *Caudillos liberales*, Bogotá, Antena, 1936, pp. V-VI.

reflexionaba públicamente acerca de los relativos méritos de seguir siendo liberal o hacerse socialista, apareció en abril en *Diario Nacional* de Bogotá –el periódico cardinal de la izquierda liberal colombiana en los años veinte y treinta–. Solano creía que, por una parte, el Partido Liberal había realizado su misión histórica y que, por otra, se había dado una “fusión” entre los elementos capitalistas del liberalismo y el reaccionario Partido Conservador. Solano, por lo tanto, se declaraba a sí mismo socialista.<sup>84</sup> Su declaración produjo una ciertamente instructiva conmoción en la prensa de la élite liberal, al mostrar dónde se trazaban las líneas de la batalla interna liberal. Otros historiadores le han dado debida mención a la muy pública –aunque momentánea– renuncia de Solano.<sup>85</sup> Ésa no fue en todo caso una anomalía sino más bien uno de los ejemplos de más alto perfil.<sup>86</sup>

Los editores de *El Espectador* de Bogotá, uno de los más prestigiosos periódicos del Partido, no se mostraron terriblemente preocupados por ese supuesto “melancólico proceso de desintegración” del liberalismo, porque identificaban un meollo liberal que sobreviviría fácilmente. Sin embargo, trataron con seriedad a Solano, un respetado representante de la juventud intelectual, que declaraba difunto al liberalismo y se bautizaba a sí mismo como socialista. Diferían de su posición “únicamente en lo que respecta a la utilidad práctica”. Rechazar la “nomenclatura tradicional” tendría un efecto debilitante en la realización de los “ideales de justicia social y equidad económica” que tenían en común. Los editores de *El Espectador*, dada su relativa posición de centro izquierda liberal, afirmaban que en realidad Solano seguía siendo un buen liberal. Entendían que había fuerzas izquierdistas progresistas dentro del liberalismo. Reconocían la existencia de un segmento “pequeño y capitalista” dentro del Partido Liberal que era “amigo de todos los gobiernos conservadores”. Pero también veían

---

<sup>84</sup> Gerardo Molina, *Las ideas socialistas en Colombia*, 3.<sup>a</sup> ed., Bogotá, Tercer Mundo, 1988, pp. 254-256.

<sup>85</sup> *Ibid.*, pp. 254-256; R. Stoller, “Alfonso López Pumarejo and Liberal Radicalism in 1930s Colombia”, *op. cit.*, pp. 381-382; y J. Cordell Robinson, *op. cit.*, p. 33.

<sup>86</sup> Sharpless mencionó otros liberales indecisos en la izquierda, entre ellos Gabriel Turbay, Luis Tejada, José Mar, Moisés Prieto, Alejandro Vallejo y Roberto García Peña (e incluso Gaitán), aun cuando el fenómeno estaba todavía más extendido (R. Sharpless, *op. cit.*, p. 24).

en el liberalismo el “instrumento insustituible de la democracia” –con un fuerte papel económico implícito, recordando a Uribe Uribe.<sup>87</sup>

*El Tiempo* de Bogotá, bastión del ala derechista del Partido Liberal, también comentó la deserción de Armando Solano pero en un tono más defensivo. Resumió la esencia de su mensaje como una forma de argumentar que, en la práctica, el Partido Liberal había cesado de existir porque dentro de él “elementos capitalistas” buscaban la fusión con los conservadores, “cuyo programa reaccionario se opone naturalmente a toda reforma social”. Rechazó las afirmaciones de Solano, caracterizándolo como un “idealista irremediable” que estaba “desconectado por completo de la realidad” –pese a que también afirmaba que su programa era, efectivamente, el que había formulado el liberalismo en la convención de Medellín–. Solano, cuya mente había sido trastocada por “agitadores bolchevizantes”, estaba destinado a un “hondo desengaño”. Estos agitadores no inspiraban al *proletariado rural* con las ideas de amor, paz, cultura, progreso, respeto por la familia y la propiedad que los editores de *El Tiempo* creían que Solano defendía, pero sí con la “venganza y la barbarie”. Así como Satanás había tentado a Jesús con los bienes de la tierra, estos agitadores le mostraban la “hacienda al sencillo habitante de los campos” diciéndole: “es tuya”. Predecían que Solano y otros “espíritus superiores [...] no logrará[n] tener influencia ninguna” y sus esfuerzos estarán “condenados a la esterilidad”.<sup>88</sup>

*El Espectador* y *El Tiempo* señalaron claramente la tensión que se estaba dando dentro del Partido Liberal en la víspera de su retorno al poder. De hecho, mostraron que el liberalismo estaba dividido en dos bien marcadas variedades.

Históricamente han existido muchos subgrupos liberales –y conservadores–. Por lo tanto, el llamado sistema bipartidista colombiano ha sido casi siempre extremadamente complicado en la práctica. Posada-Carbó subrayó que cualquier entendimiento de la competición intrapartidista “necesita ser complementado con la imagen de facciones rivales”.<sup>89</sup> En esto

---

<sup>87</sup> “Un documento político” [editorial], *El Espectador*, Bogotá, 20 de abril de 1928, p. 3.

<sup>88</sup> “Liberalismo y socialismo” [editorial, comentario de una carta de la misma fecha a *Diario Nacional*, Bogotá], *El Tiempo*, Bogotá, 20 de abril de 1928, p. 1.

<sup>89</sup> E. Posada-Carbó, “Limits of Power: Elections Under the Conservative Hegemony in Colombia, 1886-1930”, *op. cit.*, p. 252; Paul Oquist, *Violence, Conflict, and Politics*

se remontó a los trabajos de Oquist y Deas, que hicieron observaciones similares. Según Oquist, llamar el ambiente político colombiano un sistema bipartidista no es más que una “caracterización desacertada [...] debido a la constante proliferación de facciones”. Deas afirmó: “El sistema puede clasificarse como bipartidista sólo en un sentido muy vago”. En efecto, Molina mantuvo –como ya se indicó– que dentro del Partido Liberal habían coexistido por mucho tiempo una “línea burguesa” y una “línea popular”. La primera hacía énfasis en un “largo catálogo de libertades individuales y políticas”, y la segunda “iba más lejos”, teniendo en mente una “sociedad igualitaria”.<sup>90</sup>

A principios de los años treinta el Partido Liberal estaba clara y generalmente dividido en dos campos. Estos se manifestaban de formas muy diferentes aunque reconocibles, que tomaban diversos nombres: se identificaron como el liberalismo *individualista, burgués* o *manchesteriano* versus el liberalismo *colectivista, moderno* o *izquierdista*.

Muchos liberales de izquierda percibían un estado de abierta guerra de clases dentro del Partido. Desde el Concejo municipal de Cúcuta en 1932, Agustín Guzmán caracterizó estas divisiones liberales como una “guerra por la verdadera democracia” entre “aristócratas que comerciaban con el título de liberales” y los “hijos humildes del pueblo”.<sup>91</sup> Un abogado en Popayán argumentó a su vez que había “dos corrientes” dentro del liberalismo: la primera, que caracterizó como el “elemento burgués”, no tenía programa alguno a no ser que fuera el de “ahogar toda aspiración sana, todo deseo de mejoramiento social”; eran “castas políticas” que no representaban “intereses colectivos” pero que luchaban más bien por el botín y las prebendas del gobierno, contando con “la incomprensión e idolatría del liberalismo de los pueblos”. En la oposición luchaban la “juventud y todo el movimiento de las izquierdas” así como los trabajadores.<sup>92</sup> En Bucaramanga los liberales izquierdistas de la Casa Liberal

---

*in Colombia*, Nueva York, Academic Press, 1980, p. 79; y M. Deas, “Algunas notas sobre la historia del caciquismo en Colombia”, *op. cit.*, p. 223.

<sup>90</sup> G. Molina, *Las ideas socialistas en Colombia*, *op. cit.*, pp. 244-245; y G. Molina, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1914*, *op. cit.*, t. 1, p. 53.

<sup>91</sup> “De Agustín Guzmán a Jorge Eliecer Gaitán (JEG)” [Cúcuta, 27 de julio de 1932], en: AICPG, Bogotá, vol. 0044.

<sup>92</sup> “De Eustorgio A. Sarria M. a JEG” [Popayán, 6 de marzo de 1931], en: AICPG, vol. 0090.

rechazaban los “más rudos ataques” de otros liberales, a los que tildaban de “conservadores y burgueses” –ataques como el de que la campaña ideológica en pro de “principios doctrinarios preconizados por el izquierdismo” que llevaba a cabo la Casa Liberal eran una “amenaza” para los “planes de especulación” de la burguesía liberal–. “Como siempre”, respondieron los liberales de izquierda, se les estaba llamando “comunistas” sólo porque en Santander ellos querían políticas que tomaran “en cuenta el querer popular”.<sup>93</sup>

Dentro del Partido –tanto nacional como regionalmente–, las alas de izquierda y derecha libraron una batalla por el dominio interno después de ganar la presidencia en 1930. En Santander, la izquierda tenía un “sentido abiertamente revolucionario sobre lo que es y debe ser el liberalismo”. Sin embargo, esa “tendencia política” tenía “enemigos que cuentan con influencias y con dinero para hacer que el pensamiento izquierdista se mantenga a raya”. Esos “derechistas” dentro del Partido no descansarían hasta lograr la “extinción de aquel foco revolucionario”.<sup>94</sup> Los miembros de la Casa Liberal querían sacar la política “del terreno personalista [...] y [llevarla] al plano de la doctrina”. Advertían una “diferencia fundamental” entre las “tesis económicas” de su “movimiento izquierdista” y el “pensamiento [...] de los políticos de profesión” dentro del Partido Liberal.<sup>95</sup> El liberalismo izquierdista era un estado de “rebeldía” contra los “viejos prejuicios” para mostrarle a los obreros el “valor de las nuevas ideas”.<sup>96</sup>

Esta dicotomía fundamental entre liberales fue habitualmente caracterizada como una lucha entre corrientes *individualistas* y *colectivistas*.

---

<sup>93</sup> “De Nicolás Gutiérrez a JEG” [Bucaramanga, 8 de agosto de 1932]; y “De Antonio Vicente Arenas y Nicolás Gutiérrez a JEG” [Bucaramanga, 1 de septiembre de 1932]; ambos en: AICPG, vol. 0089.

<sup>94</sup> “De Antonio Vicente Arenas y Nicolás Gutiérrez [directores de *Santander Liberal*, Bucaramanga] a JEG” [Bucaramanga, 7 de noviembre de 1932], en: AICPG, vol. 0089.

<sup>95</sup> “De Nicolás Gutiérrez a JEG” [Bucaramanga, 29 de julio de 1932], en: AICPG, vol. 0089.

<sup>96</sup> “De Joaquín Ardila Durán a JEG” [Bucaramanga, 25 de julio de 1932], en: AICPG, vol. 0089.



“Como debe saberlo”, un liberal izquierdista de Popayán le dijo a Gaitán en 1932: “Aquí luchan actualmente dos corrientes liberales: la del liberalismo anquilosado, individualista o manchesteriano; y la del liberalismo verdaderamente izquierdista”. En la primera corriente se encontraban el gobernador y sus subalternos, y en la segunda estaban la juventud universitaria y el pueblo.<sup>97</sup> Al año siguiente los editores de *El Crisol* de Cali interpretaron las diferencias entre el viejo liberalismo “individualista” y el nuevo liberalismo “colectivista”: los “filósofos liberales de la vieja escuela manchesteriana”, argumentó *El Crisol*, eran “rígidamente individualistas”. Bentham, Gladstone, Mill y muchos otros pensadores fueron “considerados en justicia como apóstoles de la antigua idea liberal”; pero hasta ellos se inclinaban hacia “principios tan avanzados” como el derecho a la huelga, la libertad frente al arbitrario abuso del poder y el derecho de los trabajadores a participar en los beneficios de los grandes establecimientos industriales. Se trataba entonces de un movimiento hacia el “liberalismo colectivista: la simple apreciación de un acto individual no acarrea forzosamente responsabilidades colectivas”.<sup>98</sup> Para *El Crisol* no era un problema que en Bogotá “políticos de izquierda [...] radicales y socialistas” buscaran modos de promover una agenda común incorporando el “pensamiento colectivo” al mundo de los “principales respetables”. El liberalismo para ellos era una “fuerza viva”, y predecían que las tropas de la izquierda marcharían juntas.<sup>99</sup> Los liberales de izquierda resentían asimismo la presión que les imponían los “individualistas” en el poder partidario. Uno de ellos lamentaba en Neiva: “Nuestros copartidarios, especialmente los izquierdistas, [fueron] perseguidos por los conservadores [...] y liberales individualistas de la peor calaña”.<sup>100</sup>

El liberalismo colectivista también fue conocido como el *liberalismo moderno*. En un escrito de 1937, Gómez Suárez argumentó: “El

---

<sup>97</sup> “De Camilo Muñoz Obando a JEG” [Popayán, 25 de mayo de 1932], en: AICPG, vol. 0090.

<sup>98</sup> “Huelgas justicieras y liberalismo” [editorial], *El Crisol*, Cali, 23 de abril de 1933, p. 3.

<sup>99</sup> “Ideas, disciplina y personalismo” [editorial], *Ibíd.*, 2 de abril de 1933, p. 3.

<sup>100</sup> “De J. P. Rojas Guzmán a JEG” [Neiva, 26 de octubre de 1932], en: AICPG, vol. 0044.

liberalismo moderno [...] sólo se ocupa en estos momentos por implantar la justicia social”. Puesto que el Partido Liberal era un “partido esencialmente democrático”, y ya que “sus inmensas mayorías” estaban conformadas por la “clase media, por los obreros y los trabajadores del campo”, estaba claro que el Partido debía “encaminar sus actividades hacia la consecución de leyes que procuren la redención de las clases populares, creando para ellas un nivel de vida más elevado [...] por una distribución más equitativa”.<sup>101</sup> Para muchos, este “nuevo” liberalismo requería refutar a los “viejos liberales de avanzada” que proclamaban su “liberalismo de izquierda” rechazando las viejas “ideas manchesterianas”.<sup>102</sup> Otros sentían la necesidad de estar “divorciado[s] del liberalismo de Mánchester”.<sup>103</sup> *El Crisol* de Cali creía que el liberalismo actual, sólidamente anclado en los “cánones nuevos del liberalismo moderno”, podría ser parte de la vanguardia reformista y estar a la cabeza de la revolución social.<sup>104</sup> Prevenía, sin embargo, contra el “peligro” que enfrentaban las “ideas avanzadas” dentro del Partido Liberal. Por defender “con ardentía y entusiasmo” las nociones de Rafael Uribe Uribe y sus “enseñanzas democráticas”, habían sido atacadas por elementos conservadores del Partido –los enemigos del pueblo y de los intereses de los obreros.<sup>105</sup>

Evocando a Uribe Uribe, los liberales de izquierda muy probablemente acentuaron las conexiones entre la *moderna* tradición democrática liberal y el socialismo. En 1932 los liberales de izquierda en Popayán pensaron que era preciso considerar “desde el seguro terreno de los principios liberales” lo que llamaban las “modernas teorías políticas de la organización social”. Éstas incluían “obtener el control de los medios de producción, del capital, de las tierras, de la propiedad [...] por el Estado [y] reprimiendo toda explotación del proletariado por parte de las clases capitalistas”.

---

<sup>101</sup> Rogelio Gómez Suárez, “Justicia social”, *Rumbos*, Plato, 7 de enero de 1937, p. 2.

<sup>102</sup> “De Félix Delgado Gómez a JEG” [Pasto, 9 de mayo de 1939], en: AICPG, vol. 0044.

<sup>103</sup> “De Alonso García Bustamante a JEG” [Pereira, 23 de diciembre de 1934], en: AICPG, vol. 0092.

<sup>104</sup> “El liberalismo frente a la revolución social” [editorial], *El Crisol*, Cali, 31 de agosto de 1933, p. 3.

<sup>105</sup> “El liberalismo conservador” [editorial], *Ibíd.*, 23 de septiembre de 1934, p. 3.

Al examinar los fundamentos del socialismo, el liberalismo colombiano podía “garantizar que su causa política” fuese inspirada “por el bienestar de las masas populares”. Pensaban que la doctrina liberal –como ésta se manifestaba en las tradiciones de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, y en documentos como la Declaración de los Derechos del Hombre– había tenido un papel muy importante en la civilización. Si en tiempos anteriores el capitalismo había promovido tales libertades, ahora el avance de esos ideales dependía del socialismo.<sup>106</sup>

En 1937 Marco Tulio Salgado abordó muchos elementos pertinentes a la dicotomía liberal. Veía el liberalismo como un “partido dramático que evoluciona y se adapta siempre a las condiciones de tiempo y espacio”, y no una “organización estática”. Los nuevos liberales habían aprendido que el suyo era un “partido revolucionario” basado en una “estructura democrática”. Sostenían que las “minorías” del Partido eran lo que podía llamarse “aristocracias del liberalismo, las cuales en el campo económico se confunden con el conservatismo”. La izquierda del Partido defendía la “política de equidad y justicia social, máxima aspiración del pueblo”. Su deseo era crear “instituciones [...] nuevas, cada vez más libres de la hegemonía [hegemonía] ejercida por las castas aristocráticas”. “Las izquierdas” –afirmaban ellos– eran “precisamente la negación del manzanillaje”.<sup>107</sup>

No sorprende por lo tanto que la interconexión fuera la esencia de la izquierda colombiana en las décadas de 1920 y 1930 y en los años posteriores.<sup>108</sup> Muchos individuos podían incluirse simultáneamente en diversas categorías, como artesanos, obreros o pueblo; muchos también lucían diferentes insignias políticas, como izquierdistas, liberales de izquierda, socialistas, comunistas, lopistas –seguidores de López Pumarejo– y, más tarde, gaitanistas.

---

<sup>106</sup> “De Daniel Gil Lemos a JEG” [Popayán, 12 de julio de 1932], en: AICPG, vol. 0090.

<sup>107</sup> Marco Tulio Salgado, “Ideas de izquierda”, *El Liberal*, Manizales, 8 de febrero de 1937, p. 6.

<sup>108</sup> Para años posteriores, v. W. John Green, “Sibling Rivalry on the Left and Labor Struggles in Colombia during the 1940s”, *Latin American Research Review*, Baltimore, Latin American Studies Association, vol. 35, núm. 1, 2000, pp. 85-117; y los Capítulos 1, 2 y 8 de este libro.

Los liberales de izquierda de Magdalena en 1937 insistían en que la juventud liberal de Colombia era “irremediablemente izquierdista” y que “liberalismo e izquierdismo” eran “pulcramente sinónimos”.<sup>109</sup> El abogado Guillermo Hernández Rodríguez, activista de izquierda y uno de los fundadores del PSR, sostuvo años después que las relaciones entre el liberalismo y el socialismo fueron muy cercanas. Una mezcla de gente conformaba estos movimientos emparentados entre sí, señaló ese abogado. Individuos de una “tendencia socialista”, veteranos de las guerras civiles del siglo anterior, y líderes liberales comenzaron todos a “vincularse orgánicamente a ese movimiento naciente (socialista)” y “hacer una revolución al estilo del siglo pasado”.<sup>110</sup> A esta observación le hizo eco un historiador local y arraigado residente de Barrancabermeja, Rafael Núñez, que en 1985 afirmó que en la década de 1920 existía cierta “confusión” en la mente de muchos respecto a las diferencias entre el “socialismo” y el liberalismo colombiano. Y para los años treinta “hubo cierta afinidad entre liberales, socialistas y comunistas”, debido a la defensa que hizo el Partido de las libertades humanas y a su naturaleza democrática.<sup>111</sup>

Para los liberales izquierdistas de Líbano, Tolima, en 1933, las conexiones con la izquierda estaban engastadas en el pasado colombiano. Fundaban su afiliación al Partido en la tradición liberal de la lucha popular. Apuntaban al peso de la historia, de “nuestra herencia”, que era un lastre para Colombia pese a los esfuerzos y grandes trabajos de los héroes liberales del pasado. El pueblo, la “gran masa de los desheredados”, sufría y lloraba “bajo el peso de la injusticia”. Hablaban del “espíritu de igualdad [...] que animara a los luchadores de la Independencia” después de 1812 –ese “sentido de la justicia” que energizaba el “ideal revolucionario” del liberalismo en su lucha por un “futuro mejoramiento de las clases humildes y proletarias”–. Y aun así, el Partido había sido contaminado por elementos conservadores y reaccionarios: “Hombres que se llamaban liberales” mientras usaban el caciquismo político y el favoritismo; esos liberales

---

<sup>109</sup> “Izquierda” [editorial], *Rumbos*, Plato, 7 de enero de 1937, p. 3.

<sup>110</sup> Guillermo Hernández Rodríguez, entrevista personal con Mauricio Archila Neira, Bogotá, 22 de junio de 1988.

<sup>111</sup> Rafael Núñez, entrevista personal con Mauricio Archila Neira, Barrancabermeja, 20 de abril de 1985.

que, como los conservadores que les precedieron, seguían “paralizando” la dinámica del Partido. Esos eran los “enemigos [...] de la revolución ideológica”. Los liberales izquierdistas de Líbano afirmaban que ahora era el momento de marchar a toda velocidad hacia la “ORGANIZACIÓN DE UN LIBERALISMO IZQUIERDISTA” (énfasis en el original).

Otro grupo en Cartago en 1937 también definió el liberalismo y la izquierda en términos de la historia de movilización en Colombia –vinculando los derechos políticos y los derechos económicos–. El liberalismo tenía que “renovar su fe en sus propios hombres” para ponerse en guardia contra el “derechismo reaccionario” y la “demagogia comunista”. Era “necesario revivir la auténtica doctrina liberal” cuyos “principios básicos”, este grupo entendía, eran la “ciencia al servicio de la comunidad y el engrandecimiento patrio”. Para el grupo, la política como “ciencia social” consistía en algo más que simplemente llevar a cabo elecciones, aunque estaba de acuerdo en que ésa era una “elevada función democrática”. Clamaba por programas políticos liberales en la dirección y la intervención política. Afirmaba que el centro de gravedad de las inquietudes democráticas se había desplazado y que la acción liberal del presente no era más la del pasado; que en los siglos XVIII y XIX la “política democrática y revolucionaria” se interesaba con toda justicia en los derechos civiles y políticos, y –como estos liberales la veían– estaba “consagrada solemnemente en las célebres fórmulas del constitucionalismo francés”. Ahora, argumentaba, el pueblo “tiene otras cadenas que lo humillan”. Al presente no era la tiranía de un monarca sino la miseria y el dolor de sus vidas. Por lo tanto, mientras el objetivo previo había sido la libertad política, “ahora la conquista” debería ser la “de una necesaria libertad económica”. Pedía la intervención y la administración estatal, pero no para la “decapitación” de los derechos individuales. “No es el ESTADO contra el INDIVIDUO sino la gestión intervencionista que lo favorece y le conquista la libertad y la igualdad [...] con las condiciones materiales [...] de la existencia” (énfasis en el original). Ahora el “liberalismo moderno” apuntaba “a realizar en el origen de la economía los postulados de justicia en que se inspiró la revolución democrática de 1789”.<sup>112</sup>

---

<sup>112</sup> Ésta y las citas anteriores, en: “De servidores y copartidarios de Líbano a JEG y Carlos Arango Vélez” [Líbano, Tolima, 31 de mayo de 1933], en: AICPG, vol. 0052; y “La doctrina liberal” [editorial], *La Voz Liberal*, Cartago, 31 de enero de 1937, p. 3.

En Cali, en 1933, los liberales de izquierda recalcaron las interconexiones izquierdistas al sostener que “todas las corrientes ideológicas de izquierda” convenían en una cosa: “el bienestar colectivo”. El pensamiento radical, sostenían, buscaba la “manera de hacer más prontas y efectivas las reformas de carácter político social”. Esta “corriente radical no es ni puede ser todavía un partido independiente del liberalismo, es más bien la esencia misma de la teoría liberal moderna, que busca zonas de equilibrio entre el capital y el trabajo”.<sup>113</sup> En 1937 Armando Solano –que había regresado prontamente al Partido– sostuvo que el liberalismo era “izquierdista” y poseía una “brillante tradición popular”. Subrayó además que tradicionalmente había sido un “partido popular, un partido democrático, amigo de los campesinos, del artesano, del trabajador de toda clase”.<sup>114</sup> Autoproclamados izquierdistas en Santa Marta también definían la izquierda en términos de sus conexiones, afirmando: “El liberalismo, las izquierdas, socialistas y comunistas, el estudiantado revolucionario” eran las “fuerzas que han de oponerse a la reacción”.<sup>115</sup>

La derecha también advirtió las relaciones entre ellos. Para entonces los liberales de izquierda eran rutinariamente llamados “comunistas”.<sup>116</sup>

Algunos en la izquierda liberal abogaban abiertamente por el socialismo, equiparando el liberalismo colombiano con el socialismo. Un socialista de veintiún años le escribió a Gaitán en 1933, expresándole sus pensamientos sobre la teoría, la estrategia política, la lucha de clases y los sentimientos morales. Estaba muy interesado en buscar vías para apoyar a la “clase trabajadora” y evitar que fuera “ahogada por los burgueses”. Buscaba el “alba de [...] un SOCIALISMO bien comprendido”. Quería un “SOCIALISMO regenerador” que diera “a tierra con estas ideologías que nos asfixian” y brindara la “transformación social [...] que reclama el pueblo”. Se dolía de ver a los obreros, del amanecer al atardecer,

---

<sup>113</sup> “Liberalismo radical socialista” [editorial], *El Crisol*, Cali, 9 de abril de 1933, p. 3.

<sup>114</sup> Armando Solano, “La ideología liberal”, *Rumbos*, Plato, 21 de enero de 1937, p. 4.

<sup>115</sup> “Frente popular” [editorial], *El Escándalo*, Santa Marta, 14 de junio de 1936, p. 3.

<sup>116</sup> Alguien que apoyaba a Gaitán y sus candidaturas en el periódico *Santander Liberal* se quejó de que cierta gente, “en su ignorancia”, lo llamaba “comunista” (“De Joaquín Ardila Durán a JEG” [Bucaramanga, 25 de julio de 1932], en: AICPG, vol. 0089).

dejando su sudor en la tierra, sólo para que los “grandes propietarios” se robaran el fruto. Esto era “horrible, espantoso”. Lo que se precisaba por ende era un “elemento desinteresado” de la sociedad que “no lleve como fin la misma especulación de los burgueses”, algo que pudiera defender (a los obreros) en el nombre de la JUSTICIA” (énfasis en el original).<sup>117</sup> Otro joven izquierdista, después de hacer referencia a Uribe Uribe, hablaba de sus “Ideas Izquierdistas” y su ruptura con “los seudopolíticos que se apellidan liberales”.<sup>118</sup>

En 1934 *Diario Nacional* de Bogotá reconocía al Partido Liberal como el partido de la izquierda, aunque no comunista. Los editores argumentaban que frente al inflexible *individualismo* y el *izquierdismo de última moda*, el Partido Liberal se mantenía firme y seguro; ya que “no participa de los dictados de Mánchester ni de las teorías revolucionarias de Moscú”. Se trataba de un “Partido Liberal nuevo que les dará a las masas liberales y conservadoras todas las reformas necesarias” en las estructuras sociales, judiciales y económicas de la nación. Con todo y que Colombia todavía no era un “país donde las doctrinas revolucionarias y marxistas son de fácil acceso y de posibles realizaciones”, en la próxima legislatura habría un “gran espíritu revolucionario” dispuesto a “obtener reformas constitucionales de evidente sabor izquierdista”.<sup>119</sup> Otros fueron más osados: en Santa Marta, en 1936 hubo quienes argumentaron que los liberales de “izquierda” eran los verdaderos liberales porque tenían un “programa en consonancia con las actuales necesidades económicas de la república”. Los liberales de “izquierda” conformarían el partido de “nosotros, los trabajadores; de nosotros, los explotados por el actual sistema económico; de nosotros, los esclavos”. Lo que ellos querían era “revolución, renovación [...] justicia”.<sup>120</sup>

---

<sup>117</sup> “De Elías Castaño Henao a JEG” [Montenegro, Quindío, 29 de noviembre de 1933], en: AICPG, vol. 0092.

<sup>118</sup> “De Roberto Julio González a JEG” [Pacho, Cundinamarca, 1 de agosto de 1932], en: AICPG, vol. 0086.

<sup>119</sup> “La convención liberal” [editorial], *Diario Nacional*, Bogotá, 29 de marzo de 1934, p. 3.

<sup>120</sup> “¿Por qué somos de izquierda?”, *El Escándalo*, Santa Marta, 19 de julio de 1936, p. 4.

En Cali en 1933 los liberales radicales de izquierda confiaban en que la justicia y el progreso asegurarían la inevitable marcha de la izquierda. *El Crisol* hablaba del “fracaso estruendoso de los sistemas capitalistas” que –habiendo pasado ya cuatro años de la Gran Depresión– había “provocado en todas partes un movimiento de franca rebeldía contra todo cuanto significase la explotación del elemento trabajador por las organizaciones plutocráticas”. *El Crisol* sostenía que en Cali aquello era tan claro que hasta la prensa católica hurtaba frases marxistas. Tales problemas económicos, “lógica consecuencia” del actual desequilibrio económico, eran síntoma de un “organismo enfermo”. El periódico interpretaba el “problema económico social” de la nación desde la perspectiva de las “ideas revolucionarias” abrazadas por la juventud liberal. “El socialismo de Estado es la única solución”, proclamaba; la “revolución integral [...] avanza triunfalmente”.<sup>121</sup> Al discutir la explotación de los colonos, *El Crisol* pedía “justicia distributiva”, pues había llegado la hora para que luchas económicas nuevas e izquierdistas remplazaran a las antiguas luchas políticas. El siguiente Congreso Nacional, argumentaba, debería estar “compuesto en su gran mayoría por elementos de la izquierda”. Creía que había llegado el momento de enfrentar “todos los problemas sociales, procurándoles una solución humana”. Citaba a *Diario Nacional*, que aseveraba que en esos momentos el país sentía un ardoroso deseo de reforma. Las circunstancias de la nación habían madurado para “cambiar de bandera filosófico política, alrededor de la cual libró todas sus luchas del pasado, por la de las realizaciones económicas, que son la primordial base de un sólido progreso moral y material”. Proponía sustituir las “discusiones bizantinas” del pasado con ideas de “mejoramiento práctico”. Quería dejar atrás a los viejos pensadores –“fabricantes de frases” e impostores– y seguir a los “hombres de acción y de energía, a los que sean capaces de forjar la felicidad del pueblo”. Quería “menos leyes escritas y que no se cumplen, menos libertades y derechos irrisoriamente

---

<sup>121</sup> “La revolución integral” [editorial], *El Crisol*, Cali, 6 de julio de 1933, p. 3.



consignados en la Constitución, menos garantías y prerrogativas ilusorias, y en su lugar [...] algo real y tangible [...] distribución equitativa”.<sup>122</sup>

Estos temas aparecerán una y otra vez en el discurso gaitanista.

Pese a estar firmemente enraizada en la historia colombiana, la tradición de la izquierda liberal ofrecía un camino alternativo dentro del sistema partidario tradicional. Teniendo en cuenta las divisiones dentro del legado intelectual del liberalismo, no sorprende que después de la consolidación de la nación en 1849, la élite y las corrientes populares en contención continuaran forcejeando por el alma del Partido Liberal. Consecuentemente, cuando los liberales de izquierda dieron una mirada retroactiva a las guerras civiles y las contiendas electorales del siglo XIX, identificaron una proclividad a la movilización popular entre aquellos colombianos que tenían una larga y bien establecida visión de justicia y democracia. Estos conflictos no fueron simples batallas por el control del gobierno; fueron también luchas de resistencia por el cambio social y político, acaudilladas por los liberales de izquierda. Las contradicciones internas entre las dos corrientes del liberalismo siguieron “vivas y coleando” durante las primeras décadas del siglo XX, haciéndose patentes en el debate interno sobre su futuro. Los colombianos del pueblo entraron a la década de 1930 impregnados del radicalismo de la izquierda liberal. Y ese radicalismo no sería reducido por el hecho de haberse moldeado dentro de un partido multclasista dominado por la élite.

---

<sup>122</sup> “Pedimos justicia distributiva” [editorial], *Ibid.*, 9 de julio de 1933, p. 3.